

## **La fundación del monasterio abulense de la Santísima Trinidad de El Tiemblo en 1925, la beata madre María de Jesús (1540-1640) y un relato místico contemporáneo**

JOSÉ ANTONIO CALVO GÓMEZ<sup>1</sup>

*Instituto Español de Historia Eclesiástica. Roma  
Universidad Católica de Ávila  
jantonio.calvo@ucavila.es*

### SUMARIO

Este trabajo de investigación histórica recoge el relato de la fundación del monasterio benedictino de la Santísima Trinidad en la localidad abulense de El Tiemblo en 1925. De acuerdo con esta tradición, la erección canónica del cenobio estuvo rodeada de gracias extraordinarias y acontecimientos sobrenaturales que fueron recogidos por el padre Leandro Pérez Quirantes, monje de la abadía de Santo Domingo de Silos, que ejercía su ministerio en el monasterio de Montserrat, en Madrid. Según la narración, la fundación contó,

1 José Antonio Calvo Gómez es el director adjunto de los Archivos Diocesano y Catedralicio de Ávila, delegado episcopal para la Causa de los Santos, y profesor de la Universidad Católica de Ávila y de la Universidad San Dámaso de Madrid. Es licenciado en Estudios Eclesiásticos, en Teología Dogmática y Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca; Licenciado en Geografía e Historia, y Doctor en Historia por la Universidad de Salamanca; diplomado en Arqueología por el Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana de Roma, y en Archivística por la Escuela Vaticana. Este trabajo ha sido realizado con la ayuda del Centro Español de Estudios Eclesiásticos anejo a la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat en Roma en el marco de los proyectos de investigación del curso 2013-2014.

entre otros fenómenos, con la intervención de la beata madre María de Jesús, carmelita descalza, recibida por santa Teresa de Jesús en el convento de Toledo a finales del siglo XVI, muerta en olor de santidad en 1640.

*Palabras clave:* Benedictinas, María de Jesús, El Tiemblo, fenómenos sobrenaturales.

## SUMMARY

This work of historical research includes the story of the foundation of the Benedictine monastery of the Holy Trinity in El Tiemblo, Ávila diocese, in 1925. According to this tradition, the monastery canonical erection was surrounded by extraordinary graces and supernatural events that were collected by father Leandro Pérez Quirantes, monk of the abbey of Santo Domingo de Silos, who exercised his ministry in the monastery of Montserrat, in Madrid. According to the narration, the foundation had, among other phenomena, the intervention of blessed mother María de Jesús, discalced carmelita, received by santa Teresa de Jesús in the convent of Toledo at the end of the 16th Century, died with fame of sanctity in 1640.

*Key words:* Benedictine, María de Jesús, El Tiemblo, supernatural phenomena.

## 1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo recoge, fundamentalmente, el relato del padre Leandro Pérez Quirantes en torno a la fundación del monasterio de la Santísima Trinidad, en la localidad abulense de El Tiemblo, en las estribaciones orientales de la Sierra de Gredos, al Sur del Malagón, junto al río Alberche. Lleva fecha del 7 de junio de 1925, solemnidad de la Santísima Trinidad, en que fuera consagrada la nueva iglesia y bendecido el nuevo monasterio benedictino por el obispo diocesano, monseñor Enrique Pla y Deniel, en presencia del gobernador civil y de otras autoridades locales, provinciales y nacionales<sup>2</sup>.

El texto, nada habitual, con prolijas explicaciones en torno a las personalidades que se dan cita en esta obra, señalada por abundantes fenómenos sobrenaturales, resulta todavía más relevante, incluso sorprendente, por el carácter anodino, distante, frío, de la documentación canónica que se produjo a lo largo de los meses que precedieron la erección del monasterio. Todo parece indicar que la parte sobrenatural permaneció en un impuesto segundo plano para evitar cualquier trasvase de interpretaciones ambiguas, incluso contradictorias con la disciplina de la Iglesia, cauta, en principio, con cualquier manifestación fenomenológica de la gracia.

2 El texto manuscrito se contiene en el Archivo Secreto del Vaticano, en el fondo de la Nunciatura de Madrid durante el ministerio de monseñor Federico Tedeschini en España. Archivo Secreto Vaticano, Nunciatura de Madrid (*en adelante:* ASV, Nunz. Madrid) Mons. Federico Tedeschini. Caja 814, fasc. 1, fol. 1r-45r.

El 16 de enero de 1925, la religiosa Carmen de Medina Garvey, hija de los marqueses de Esquivel, hermana de la duquesa de Tarifa y del marqués de Borgheto, residente en la comunidad benedictina de la Rue Monsieur, en París, escribió al Santo Padre, Pío XI, para solicitar la licencia de apertura de una nueva casa benedictina en El Tiemblo, en la diócesis de Ávila<sup>3</sup>. El mismo día, el prelado abulense, monseñor Enrique Pla y Deniel, firmó una carta de apoyo para confirmar la conveniencia de iniciar la vida monástica en este lugar de su jurisdicción<sup>4</sup>. Inmediatamente, el cardenal Pedro Gasparri, Secretario de Estado del Vaticano, escribió al nuncio en España para informarle de la petición y para trasladarle la facultad correspondiente para proceder a la erección canónica, según estimara conveniente el diplomático<sup>5</sup>.

El 4 de febrero de 1925, el nuncio Tedeschini concedió la licencia solicitada, según se conserva en la minuta de su propio archivo<sup>6</sup>. Ese mismo día, se lo comunicó a la madre Carmen de Medina en un telegrama remitido a París<sup>7</sup>. El resto de la documentación que se conserva, que habrá ocasión de presentar, añade poco más que la necesidad de recuperar la verdadera vida benedictina, liberándola de las ataduras y prácticas ajenas al espíritu de san Benito que, durante muchos años, habían venido estrangulándola.

3 1925, enero 16. París. (Cruz) Beatissime pater: Carmen de Medina Garvey, O.S.B., ad pedes Santitatis Vestrae humiliter provoluta, facultatem postulat aperiendi novam domum religiosarum Sancti Benedicti, in pago vulgo “El Tiemblo”, diocesis abulensis in Hispania. Et Deus... [ASV, Nunz. Madrid. 873, folio 430r.]

4 1925, enero 16. Ávila. Abulae die III Ianuarii MCMXXV. Cum nova domus religiosarum Sancti Benedicti, in pago vulgo “El Tiemblo” possit tum Dei gloriam tum bonum animarum in praedicto pago promovere, praecedentes preces commendo. Addictissimus filius, (Cruz) Henrico, episcopus abulensis (Sello: Obispado de Ávila) [ASV, Nunz. Madrid. 873, folio 430r.]

5 1925, enero 16. Ciudad del Vaticano. (Al margen: Escudo pontificio. Segreteria di Stato di Sua Santità. Número 37754 da citarsi nella risposta). Dal Vaticano, 16 gennaio 1925. Ill.mo e Rev.mo signore, Carmen de Medina Garvey, O.S.B. ha testè supplicato il Santo Padre per ottenere la facoltà di aprire una nuova casa del suo Ordine in El Tiemblo, diocesi di Avila. Trasmetto pertanto, qui unita, tale supplica alla S.V.III.ma e Rev.ma. accordandole le facoltà necessarie ed opportune per concedere, qualora lo creda conveniente, a nome della Santa Sede, con le dovute clausole e nei modi consueti, la chiesta autorizzazione. Profitto dell’occasione per rafermarmi con sensi di ben distinta stima. Della S. V. Ill.ma e Rev.ma servitore P. card. Gasparri Ill.mo e Rev.mo signore monsignor Federico Tedeschini, nunzio apostolico. Madrid (Con inserto) [ASV, Nunz. Madrid. 873, folio 429r.]

6 1925, febrero 4. Madrid. Nos, Federico Tedeschini, etc. etc. En virtud de especiales facultades que nos confiere la Santa Sede, autorizamos a Carmen Medina Garvey, O.S.B., para que “servatis servandis” pueda abrir una nueva casa de su Orden en “El Tiemblo”, diócesis de Avila. No obstante, cualquier cosa en contrario... Federico, arzobispo de Lepanto, nuncio apostólico. Dom. S. Reyes, Abteviador. Madrid 4 de febrero de 1925. [ASV, Nunz. Madrid. 873, folio 431r.]

7 1925, febrero 4. Madrid. Carmen Medina, Rue Monsieur, 20. París. Firmado decreto fundación. Nuncio apostólico. 4 febrero 1925. [ASV, Nunz. Madrid. 873, folio 432r.]

El relato del padre Leandro, sin embargo, firmado cuatro meses después, descubre un entresijo singularmente complejo en el que se dan cita los protagonistas de aquella fundación y manifiesta una realidad señalada por los fenómenos extraordinarios y las revelaciones sobrenaturales, sobre todo después del 2 de febrero de 1921, de las que nada dice la aparente frialdad de las comunicaciones canónicas.

El autor de esta crónica es el padre Leandro Pérez Quirantes, monje de Santo Domingo de Silos, donde ejerció como párroco durante años. En 1913, fue enviado como capellán de las benedictinas de San Plácido, en la calle del Pez, monasterio del siglo XVII, reconstruido de nueva planta tras ruina y destrucción que había tenido lugar doce años antes. En Madrid, el padre Leandro procuró recuperar la liturgia benedictina y el canto gregoriano, especialmente maltrecho en España tras la exclaustación del siglo XIX. Entre 1914 y 1918, ejerció como superior del monasterio de Monserrat de Madrid, el primero que se recuperó después de la exclaustación de mediados del siglo XIX<sup>8</sup>.

En 1921, Pérez Quirantes fue propuesto por el gobierno español para sustituir a monseñor Ángel Marquina Corrales en la sede episcopal de Canarias<sup>9</sup>, lo que nos permite conocer algo más de su compleja personalidad y de los informes que remitió el propio nuncio para desestimar la propuesta.

La imagen del religioso benedictino que podemos extraer del relato que sigue sobre la fundación del monasterio de la Santísima Trinidad habla sobre todo de un hombre comedido, prudente, discreto con toda la parte sobrenatural de la obra. Sin embargo, el informe del nuncio se mostró singularmente agresivo con su personalidad y reveló un talante nada dueño de sí, incluso con pretensiones humanas escasamente comprensibles. Nuestro juicio no puede ser definitivo y nos limitamos a reproducir los pormenores de un informe que decantó su posición contra la promoción del padre Pérez Quirantes a la cátedra canaria.

De él, dijo el nuncio Tedeschini, había podido obtener poca información, y ésta nada favorable. No apoyaron esta designación ni el preposición de los jesuitas de Madrid ni el obispo de Málaga, que dejó escrito que el padre Leandro deseaba ser elevado al episcopado “para promover entre el pueblo el retorno a la liturgia y a la música sacra”. El obispo de Madrid completó que el candidato no había dado “ninguna prueba de su capacidad para gobernar una diócesis”. Dijo que debía de ser un

8 E. Pascual Zaragoza, *Historia del Real Monasterio de Montserrat de Madrid*, Abadía de Montserrat 1996, 123. Vid. L. Seco, *Los benedictinos españoles en el siglo XX*, Hijos de Santiago Rodríguez, Burgos 1931, 132.

9 V. Cárcel Ortí, “Benedicto XV y los obispos españoles. Los nombramientos episcopales en España desde 1914 hasta 1922” en: AAVV., *Archivium Historiae Pontificiae*, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma 1992, 328- 329.

virtuoso sacerdote, pero de “escasísima discreción y prudencia”. En cierta ocasión, añadió el prelado madrileño, para evitar pagar una suma que debía a una religiosa, recurrió a otra, “explotando su credulidad y poniendo por intermediaria a una mujer del pueblo de Ávila que, según el padre, tenía comunicaciones con el espíritu de una religiosa compañera de santa Teresa y muerta en olor de santidad”.

En esta línea de contradictores, el abad de Silos añadió que el padre Leandro era un religioso “de buen espíritu, pero de inteligencia mediocre, de carácter voluble e inconstante en su actividad, incapaz de cualquier gobierno”. En Madrid, intentó crear algunas obras pías, entre las que se citó una “*Schola cantorum*, compuesta de adoradores y señoras”, que apenas tuvieron vigencia. El prelado madrileño añadió que, cuatro o cinco años antes, había indicado a varios religiosos y a las religiosas benedictinas que iba a ser nombrado obispo, con lo que éstas habían empezado a prepararle los ornamentos episcopales. En 1918, ante ciertos cambios que se preveían en los destinos apostólicos de los religiosos, pidió que se retrasasen los traslados todavía unos meses “porque en este tiempo iba a ser nombrado obispo”. El nuncio concluyó que “le parece que este candidato propuesto... puede estar en cualquier monasterio bien formado bajo la vigilancia de cualquier padre abad, pero no puede, ni ahora ni mañana, ser llamado a regir una diócesis<sup>10</sup>”.

El 5 de julio de 1936, el diario ABC publicó la necrológica del padre Leandro: “El padre Leandro Pérez Quirantes. Tras lenta enfermedad, que venía desgastando sus energías, ha muerto, piadosamente, en el priorato de Padres Benedictinos (San Bernardo, 79) el reverendo padre Leandro Pérez Quirantes, cuya bondad, sencillez, y acendrada piedad le habían granjeado grandes estimaciones en amplios sectores de la sociedad y del pueblo madrileño, entre los que ejerció siempre un ejemplar apostolado”.

La documentación que acompaña el proceso de fundación y los primeros pasos del monasterio de El Tiemblo es compleja. Convendrá volver sobre ella con más detención. El 23 de julio de 1925, tras su visita pastoral al arciprestazgo de Cespedosa, en Salamanca, el prelado abulense, monseñor Enrique Pla y Deniel, escribió al nuncio<sup>11</sup> para comunicarle la consagración del altar y la bendición de las nuevas instalaciones monásticas. En esta misma carta, le indicó la conveniencia de fortalecer la comunidad, al menos durante un tiempo, con religiosas procedentes de otros lugares, como las monjas de Santa María de Carbajal, en León.

10 Vid. Archivo de la Secretaría de Estado, Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, España, 624: “Despacho 327 de Tedeschini a Gasparri”, Madrid 13 de diciembre de 1921. Cit. V. Cárcel Ortí, “Benedicto XV y los obispos españoles. Los nombramientos episcopales en España desde 1914 hasta 1922” en: AAVV., *Archivum Historiae Pontificiae*, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma 1992, 329.

11 ASV, Nunz. Madrid, caja 813, 625r-628v.

Ese mismo día, antes de recibir la misiva del prelado, el nuncio escribió al abad de Silos<sup>12</sup> para consultar sobre la posible construcción de un priorato benedictino en El Tiemblo, con el fin de que los propios religiosos atendieran la comunidad de monjas. Pocos días después, el 31 de julio, el propio Tedeschini, desde Loyola, escribió confidencialmente al obispo de León para consultarle sobre la conveniencia de atender a la petición de monseñor Pla<sup>13</sup>. Habrá ocasión de volver sobre todo ello.

Habrá también ocasión más adelante para hablar de la beata madre María de Jesús (1560-1640), carmelita descalza, recibida en el convento de Toledo por la propia santa Teresa, que la llamaba “mi Letradillo”, beatificada por Pablo VI el 14 de noviembre de 1976<sup>14</sup>. El padre Leandro la identificó como la “verdadera fundadora” del monasterio de El Tiemblo.

Junto a ella, convendrá recuperar la historia de Mauricia Morales Maqueda, adornada de virtudes extraordinarias, y sus presuntas revelaciones, contenidas en otro expediente del Archivo Secreto del Vaticano, que daremos a la imprenta en otro momento; la de doña Guillerma Retana, esposa de don Isaac Gutiérrez, que entregó el terreno donde se levanta, desde 1925, el monasterio de la Santísima Trinidad; de las tres primeras religiosas: María de los Ángeles Mañes Retana, madre Teresa de Jesús de la Santísima Trinidad; Teresa López Jáuregui, madre Escolástica de la Santísima Trinidad; y Amalia Ruiz Fernández, madre María de Jesús de la Santísima Trinidad. El relato que completa esta introducción ofrece suficientes detalles como para componer los primeros trazos de una historia singularmente compleja.

Expresamente suspendemos el análisis del relato que sigue a continuación. Se trata de un documento complejo, nada sencillo de valorar, que preferimos dar a la imprenta sin enmienda ni comentario que condicione su interpretación. Los protagonistas son numerosos, no es difícil localizarlos y caracterizarlos porque el propio autor se preocupa de establecer algunos rasgos que los describan. Con el objetivo de facilitar la lectura, dado que el relato se transmite sin ninguna interrupción durante decenas de páginas, nos hemos permitido la licencia de indicar las transiciones en el discurso con algunos títulos propios. Estas indicaciones pueden servir de una primera interpretación del relato, pero en nada pretenden condicionar una valoración ulterior de un texto tan sorprendente.

12 ASV, Nunz. Madrid, caja 813, 629r.

13 ASV, Nunz. Madrid, caja 813, 630r- 630v.

14 [http://w2.vatican.va/content/paul-vi/it/homilies/1976/documents/hf\\_p-vi\\_hom\\_19761114.html](http://w2.vatican.va/content/paul-vi/it/homilies/1976/documents/hf_p-vi_hom_19761114.html) (25/04/2015)

## DOCUMENTACIÓN

1925, junio 7. El Tiemblo

ASV, Nunciatura de Madrid, Mons. Federico Tedeschini. Caja 814, fasc. 1, fol. 1r- 45r.

[1r] Pax. Memoria acerca de la fundación del monasterio de benedictinas de la Santísima Trinidad de la villa de El Tiemblo en la diócesis y provincia de Ávila.

[2r] Pax. Memoria acerca de la fundación del monasterio de benedictinas de la Santísima Trinidad de la villa de El Tiemblo en la diócesis y provincia de Ávila.

[1. La fiesta de inauguración del monasterio, el 7 de junio de 1925]

El día 7 de junio de 1925, fiesta de la Santísima Trinidad, se notaba en la villa de El Tiemblo un movimiento nada ordinario. La afluencia de gente, la presencia del ilustrísimo señor obispo de Ávila, del excelentísimo señor gobernador civil de la provincia, y otras muchas personas, así nobles como plebeyos, que habían afluído de Madrid y de otros lugares, indicaba que algún acontecimiento ocurría en esta localidad.

A las 10 de la mañana, comenzó la misa solemne en una capilla que antes no existía; estaba llena de piadosa y escogida concurrencia. El local estaba dividido por altas rejas, detrás de las cuales, unas cuantas religiosas, revestidas con el hábito benedictino, cantaban la misa en el más puro canto gregoriano. Presidía la función el venerable prelado de la diócesis. La ceremonia resultó hermosa, sublime, conmovedora. En el ambiente, se notaba algo que no es cosa fácil de manifestar con palabras; pero se notaba.

Terminada la misa tan solemne y piadosamente cantada, revestido el prelado con los ornamentos pontificales, penetró en el edificio [2v] adosado a la capilla, recorrió los lugares y, después de las advertencias de rúbrica a la numerosa asistencia que le acompañara, manifestó que aquel edificio era sagrado, que no se podía entrar en él, y desde aquel instante quedaba canónicamente declarado monasterio de benedictinas de la Santísima Trinidad de El tiemblo y que, en lo sucesivo, sería mansión pacífica y santa de aquellas religiosas benedictinas, que allí estaban presentes, y de cuantas, en lo sucesivo, vinieran, llamadas por el Señor, a consagrarse

al Divino Esposo, en la vida monástica. Desde aquel momento, había una comunidad más de monjas de clausura en la tierra de santa Teresa de Jesús.

El monasterio existe canónicamente constituido y existe en El Tiemblo, un sitio determinado.

## [2. El origen y el motivo de la nueva fundación]

¿Cuál es el origen de este monasterio? ¿Por qué se ha hecho aquí? ¿Cuándo se mandó hacer aquí? ¿Qué instrumentos han intervenido en la obra? ¿Quién ha sido la motora principal, con licencia de Dios? ¿Cómo se ha realizado la obra? ¿Qué dificultades y qué clase de dificultades ha sido preciso vencer? ¿Cuál ha sido y es, en los designios de Dios, la finalidad de esta fundación?

A todas estas preguntas, y a otras más que pudieran hacerse, se puede contestar con estas palabras: Dios ha querido que se haga esta fundación en El Tiemblo, que sirva para la canonización de María de Jesús, carmelita descalza, cuyo virginal cuerpo se conserva incorrupto en el monasterio [3r] de carmelitas de San José, de Toledo. Esta fundación, anunciada hace más de cuarenta años, realizada en estos cuatro últimos años, ha sido dirigida, protegida y llevada a cabo, por María de Jesús, con licencia del Señor. Ella ha dado las órdenes, las indicaciones, y todo lo necesario. Ha escogido sus instrumentos y todo se ha hecho según sus indicaciones que, con licencia de Dios, ella misma ha hecho, por medio de una serie de comunicaciones capaces de admirar al más incrédulo.

## [3. El objetivo de la memoria y sus partes. Compromiso de fidelidad a la verdad]

El objeto de esta memoria será contar brevemente la parte histórica de esta fundación, hecha por María de Jesús, referir desde sus principios la manera cómo se ha ejecutado esta obra, dirigida por María de Jesús, y sacar como conclusión la consecuencia de que se aúnan (*sic.*) todos los esfuerzos de cualquier índole que sea, para conseguir que la sierva de Dios, María de Jesús, carmelita descalza de Toledo, sea elevada a los honores de los altares.

Este trabajo abarca dos partes:

Primera. La historia de la fundación, desde sus principios hasta la inauguración canónica del monasterio.

Segunda. Las principales comunicaciones que el Señor se ha dignado conceder por medio de María de Jesús, en las cuales se ve la asistencia, dirección y protección continua de la sierva de Dios, sin las cuales jamás hubiera esta obra llegado



a término, dadas las contradicciones y dificultades de todo linaje que le han salido al paso, y de las [3v] cuales se ha triunfado, gracias a María de Jesús.

Esto dicho, por vía de advertencia preliminar, vamos a dar comienzo a la narración histórica de este maravilloso acontecimiento que puede considerarse un prodigio de los más salientes que se ven en la historia de la santidad.

Huelga decir que en esto se procede con la mayor rectitud y lealtad, refiriendo las cosas llana y sencillamente, tal y como han sucedido, sin pretensiones literarias, antes al contrario, procurando evitarlas, porque en una obra de esta clase, lo que más conviene es la sencillez, unida a la sinceridad más escrupulosa.

#### [4. Mauricia Morales Maqueda, protagonista del relato]

La fundación del monasterio de la Santísima Trinidad de El Tiemblo es obra de María de Jesús, carmelita descalza de Toledo, hemos dicho. Pero Dios, para llevar a cabo sus obras, se vale de instrumentos. En ésta también los ha habido y los hay. Todos ellos han sido escogidos por Dios y por María de Jesús, con licencia de Dios, para llevar a feliz remate esta obra tan grande, en sus fines.

Entre estos instrumentos, cada uno tiene su papel que desempeñar, cabiendo el principal en una persona modesta, y sin humana ilustración, que puede considerarse como el eje de este trabajo. Como esta alma ha de desempeñar papel importantísimo en esta obra, juntamente con su director espiritual, parece hartamente necesario dar a conocer quién es esta persona, hasta ahora oculta y, de hoy en [4r] adelante, llamada a figurar no poco en los acontecimientos que ha de producir el relato histórico de esta fundación.

La persona a que me refiero se llama Mauricia Morales Maqueda. No es nuestra intención referir aquí la vida detallada de esta alma verdaderamente privilegiada, y eso que, si no ahora, con el tiempo habrá materia más que suficiente para escribir una biografía muy capaz de animar a las almas y de darlas un modelo de imitación en la práctica de la más sólida virtud, practicada en el seno de la familia cristiana, y en todos los estados sucesivos por los cuales puede pasar una joven que, aparte de la vida religiosa, puede ser niña, adolescente, casada y viuda.

Por todos ha pasado Mauricia, y en todos ha sido y es privilegiada por el Señor de la manera más asombrosa, y digo asombrosa, sin querer exagerar ni hacer papel de panegirista, porque, conociendo su vida interior desde los más tiernos años hasta la fecha, es imposible no asombrarse y no reconocer la obra de la gracia, derramada a manos llenas, sus carismas, y no reconocer también las palabras del Señor: “Confiteor tibi Pater Domini coeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis”. Mat. Digamos algo de su vida.

## [5. La vida de Mauricia Morales Maqueda]

Nació Mauricia el día 22 de septiembre de 1879. Tiene, por tanto, en la actualidad, 46 años. Veamos, a largos rasgos, algo de la fisionomía moral de esta alma.

[4v] *Mauricia en su niñez.* Desde el principio, fue esta criatura privilegiada. No tenía los gustos y atractivos propios de la niñez y sentía inclinación innata para las cosas de Dios. Dios la tenía destinada para una gran santidad y tomó a su cargo el dirigirla desde los más tiernos años. Sin que se diera ella cuenta, empezó a tratar con un lindo niño, que se entretenía con ella, y le enseñaba oraciones y otras cosas buenas. Ella se figuraba que era otro niño como los demás, que se entretenían con sus hermanitos; pero pronto se reveló a ella, y le fue indicando el camino que quería que siguiera.

*Mauricia y la compañía.* Entre otras cosas, y cuando contaba 4 o 5 años, cuando aún la llevaban en brazos, por orden del niño, busca nueve personas que el mismo niño indicó, para que formaran un coro que debía de rezar oraciones, que él mismo enseñaba. Tenían sus ejercicios comunes, ya en casa de una de las de la compañía, ya en casa de otra, recorrían los campos rezando el rosario y otras devociones, siendo el lugar privilegiado un sitio, no lejos del pueblo, que llaman el Linal, sitio en que más de una vez vieron cosas no ordinarias.

Lo dirigía todo el niño y se valía de la voz de la inocente y tierna niña Mauricia para comunicarlas a las demás. Con este motivo, había en el pueblo una curiosidad gran[5r]de, y todos admiraban la santidad grande de la niña. Hubo casos verdaderamente maravillosos, algunos de los cuales recuerda(n) la multiplicación de los panes que refiere el santo evangelio. Como tenía que hacer una especie de peregrinación al Linal, adelantó el tiempo, mucha gente siguió a Mauricia y a su compañía. Y, como era tarde y no querían las gentes, que seguían, separarse, sacó la niña una tortilla a base de dos huevos, se puso a dar, y hubo para todas las personas, que no bajaban de sesenta; y para todas hubo, y sobró.

Otra vez, había de pasar por un sitio lleno de zarzas y, al pasar la comitiva, se apartaban las malezas para dar paso a la gente. Otra vez, pasó un hombre con un carro y tuvo la mala ocurrencia de burlarse de la compañía. Al volver, y pasar por el mismo sitio, dijo Mauricia: cuidado, aquí pasará una desgracia. Por la tarde, volvió el carro y, al llegar a aquel punto, cayó el hijo que llevaba en el carro y lo mató.

Otras muchas cosas se podrían añadir, que omitimos por no alargar la narración. Es de advertir que, de todo esto, había y aún hay testigos. Todo lo dirigió el niño que constantemente veía Mauricia. Hubo casa en que el marido de una de la compañía cerrara la puerta con llave para que no fueran a su casa para los ejercicios, acudir a la hora, y abrirse las puertas por sí mismas, y volverse a cerrar.

Desde luego que tuvieron que sufrir mucho por parte de la gente indiferente en materia religiosa. Tuvieron que padecer mofas, burlas y malos tratos, llegando hasta apedrearlas. [5v] Con todo, ellas no cejaban y seguían fielmente la voz del niño que las animaba, consolaba y defendía.

Una de las veces que se encontraron en el Linal, haciendo sus devotos ejercicios y, viendo las dificultades, ora por las intemperies del tiempo, ora por las agresiones de alguno que otro desaprensivo, pidieron al Señor que edificara un edificio a Dios consagrado para poder hacer sus ejercicios piadosos con tranquilidad. Y entonces fue cuando se les dio a entender que, andando el tiempo, habría una fundación en el pueblo, y en el Linal se construiría una iglesia a Nuestra Señora de los Ángeles.

La compañía continuó, aunque la muerte las fue mermando. En la actualidad, sólo quedan dos y Mauricia. Para reemplazar a estas ha mandado María de Jesús que en la comunidad haya siempre un coro de nueve con sus ejercicios particulares y fines especiales.

*Mauricia en su juventud.* Mauricia crecía en edad y crecía también en virtud. El Señor le concedía gracias abundantes, entre otras las de gozar de la presencia continua y visible del niño. Algunos de esos favores se conservan escritos, otros por tradición, y muchos quedarán ocultos porque, como Mauricia no sabe ni leer ni escribir, no ha podido conservar muchos de los favores que le ha entregado el Señor. Sus padres no la mandaron a la escuela porque no querían que se metiera monja. Error difícil de comprender en padres tan cristianos; pero se explica [6r] ahora que Dios lo dispuso así porque convenía para la misión que Mauricia había de desempeñar en tiempos venideros.

*Mauricia en su matrimonio.* Pasaron los años y los padres de Mauricia, siguiendo la costumbre general, pensaron en procurar que su hija tomase estado. Ella no quería, no podía ni oír hablar de semejante cosa, porque le repugnaba. Esta resistencia le procuró graves disgustos y no pocos sinsabores de varias clases. El Señor consistió que tomase este estado por altos juicios y designios suyos. Después de larga y tenaz resistencia por parte de Mauricia, y de vanos esfuerzos de la familia, se concertó el matrimonio con un joven de Cebreros llamado Ángel Becerril.

No fue feliz la pobre Mauricia. Tuvo que sufrir mucho en todos los sentidos, llegando en la parte material hasta el extremo de, por sus aficiones al juego y mala administración, despilfarrar la modesta pero desahogada fortuna que tenía. Mauricia, durante los cuatro años que vivió en matrimonio, fue modelo de casadas y de madres. Con su paciencia y oración, logró que su esposo muriera cristianamente, arrepentido y confortado, con todos los sacramentos. Quedó sola y con dos niñas en una situación precaria. Durante la vida del difunto había perdido mucho y, después, para colmo de desgracia, aparecieron nuevos acreedores que acabaron por

[6v] casi destruir la fortuna de Mauricia. Y como estaba sola, se abusó más de la cuenta de la buena fe de la pobre viuda.

*Mauricia y los favores del Señor.* Aunque por obedecer mudó Mauricia de estado, no mudó de aficiones ni de prácticas ni de gracias. Ella continuaba sus ejercicios y el Señor seguía distinguiéndola con sus favores. Son muchos, muchos, los favores que aquí podrían contarse, aparte de la presencia habitual del niño, que la dirigía en todo, le asesoraba de todo, y le animaba en todo.

También sintió visiblemente la protección de los santos, en especial santa Teresa de Jesús y san Antonio. La una como el otro se le aparecieron en forma humana bastantes veces. Aún se conserva la silla en que se sentó santa Teresa. San Antonio, más de una vez, le salió al encuentro para ahuyentar al enemigo, que quería engañar a la sierva del Señor.

*Mauricia y el purgatorio.* Tierna ha sido siempre y es la devoción que Mauricia profesa a las ánimas del purgatorio, que se le aparecieron con harta frecuencia. Ella se asustaba, y hasta pedía que no viniesen tanto, porque no se daba cuenta del favor tan grande que ello era.

*Mauricia y el enemigo.* Nada de particular tiene que Satanás se encarnizara contra esa alma de Dios. Le hizo siempre guerra sin cuartel [7r] desde sus tiernos años. Se le aparecía con frecuencia y procuraba engañarla de mil maneras, tomando todas las formas que su malicia le sugería para asustar, sorprender y dañar a la sencilla Mauricia. Llegó la audacia del informal dragón hasta los malos tratos. Muchas veces le daba golpes, dejando su cuerpo cubierto de cardenales. Hacía ruidos espantosos, le tiraba las cosas, y le daba bofetadas. De todo lo cual hay testigos que lo pueden certificar.

También la atacó con tentaciones de desaliento, sugiriéndola que estaba condenada, que Dios no la quería, que para ella no había remedio. Ahora que el Señor no la dejaba, ni los santos tampoco. Otras pruebas por parte de las criaturas. Uno de los caracteres de la vida de Mauricia ha sido siempre y es el sufrimiento así físico como moral. Es un alma mística de altos vuelos, y tantos fenómenos como ha tenido y sentido no pueden menos de influir en la naturaleza.

Además, el Señor lo permite y por eso está siempre, se puede decir, colgada de la cruz. No hay día que no sufra intensos dolores en varias partes de su cuerpo, cuando no es en todo. A estos dolores corporales se puede añadir la mortificación corporal que usa y ha usado siempre que ha podido y le ha sido permitido. Basta ver sus disciplinas llenas de sangre para darse cuenta de la energía con que lleva a cabo [7v] este penoso ejercicio, el cual no se le permite con la frecuencia que ella quisiera, porque después de un acto así tiene llagas varios días. También usa cilicios harto incómodos, que ha solido y suele usar días y noches, a veces semanas enteras.

A este propósito, se puede referir un hecho que no puede menos de llamar la atención. Por orden de María de Jesús, se puso Mauricia un cilicio especial que se hizo conforme ella lo había indicado. Estaba delicada; pero con todo hubo que obedecer. Se lo puso el Miércoles Santo del presente año, 1925, y lo tuvo puesto hasta el Sábado Santo por la tarde. Este día fue Mauricia con una de las dos únicas que quedan de la antigua compañía, al Linal que, como hemos dicho, es el lugar donde a menudo oraba la antigua compañía. Al volver de allí, cogió unas cuantas flores y algún ramito de zarza. Las flores son ordinarias y huelen más mal que bien. Hizo un ramito y me lo trajo: despedían ella y el ramito un olor a rosa mezclado de azucena que lo embalsamaba todo.

Envió dicho ramo a la comunidad, diciendo que lo pusieran en el altar, y todo quedó perfumado. Allí estuvo varios días, conservando el olor. El agua del vaso, más que agua, parecía esencia. Después, por obediencia, trajo el cilicio que había llevado durante la Semana Santa y olía lo mismo, con la particularidad de que así continuó despidiendo ese aroma durante todo el tiempo pascual.

Digamos de paso que este fenómeno lo tiene Mauricia ya varios años. A [8r] veces le dura día y semanas, otras no se siente. Huele no su vestido solamente, sino su cuerpo, su aliento, y es a veces tan intenso cuando habla que, al respirar, parece una nube de incienso. Es tan fuerte que cuesta recibirlo. Es inconfundible, con lo que llaman esencia de rosa. De esto hay centenares de testigos, aquí en Madrid, y en Ávila, y por dondequiera que pasa Mauricia.

Tengo en mi poder una imagen del Carmen que regalaron a Mauricia, que comenzó a oler a rosa hace cinco años. Yo la he tenido en depósito, al aire libre, y sin embargo todavía conserva el olor. Esto es una prueba más de lo mucho que el Señor favorece a esta alma humilde.

Porque, debe decirse, la virtud de Mauricia no es una virtud compuesta ni aparente. Es una virtud sólida y verdadera. Basta verla y tratarla siquiera sea breve espacio de tiempo para notar enseguida su sincera y profunda humildad, su sencillez y candor. No hay doblez, todo es verdad. A quien le pregunta le dice sencillamente las cosas, tal y como las ve y las siente. Se puede decir que ha conseguido lo que se llama la infancia espiritual. Lo mismo, y con la misma sencillez, habla a los grandes que a los pequeños.

La unión con Dios es muy intensa y la presencia de Dios continua, pudiendo asegurarse, con toda verdad, que es un alma verdaderamente de Dios, un alma privilegiada de Dios.

## [6. El padre Leandro Pérez Quirantes]

Hecho el bosquejo, a grandes rasgos, de Mauricia, parece lógico contestar ahora a esta pregunta: ¿Cómo ha conocido [8v] el padre Leandro a Mauricia?

Se acercaba el tiempo de llevar a cabo la obra y el Señor dispuso que los instrumentos designados por divina disposición para tomar parte en ella se fueran congregando en el lugar donde debían conocerse, entenderse y planear la ejecución del divino intento. El padre ya estaba puesto que, desde el año 1913, había sido enviado a Madrid por la santa obediencia para asistir a la comunidad de benedictinas de San Plácido que, al cabo de una docena de años de destierro, volvían a su antiguo monasterio de la calle del Pez, reconstruido de nueva planta. Había sido enviado también para ver la manera de establecer una residencia de la Orden en la corte en donde tanto tenía el santo patriarca hasta la mal(h)adada exclaustación del pasado siglo.

Ejercía el ministerio el padre Leandro Pérez Quirantes, monje de la abadía de Santo Domingo de Silos, en la iglesia de nuestras benedictinas. Un día se acercó a su confesionario una mujer de aspecto humilde y pueblereño. Al oírla, me llamó la atención. Era forastera. Le hice algunas preguntas y, cuanto más iba ahondando en su alma, más me iba sorprendiendo. Comprendí con la gracia del Señor que tenía en mi presencia a un alma nada vulgar desde el punto de vista espiritual. Como había bastante gente esperando, la rogué que volviera, si posible le era, al día siguiente, a lo que accedió.

Yo quedé muy hondamente impresionado y deseando que volviera para darme cuenta de las riquezas espirituales que aquella alma [9r] atesoraba; pedí luces al Señor para que me diera a comprender lo que de mí quería, con respecto a aquella alma. Llegó el día siguiente, vino, la examiné, y pude comprobar que allí había mucho más de lo que yo sospechaba. Comprendí que el Señor me la traía para que la ayudara, porque era necesario.

En su pueblo, no tenía más que sufrimientos y vino a Madrid a colocar a sus niñas y buscar apoyo en medio de sus desgracias. Viuda, sola, arruinada y perseguida por las malas lenguas y por personas que, por su carácter, estaban en el deber de sostenerla, eran las que más amargaban la existencia de esta alma tan querida de Dios y de sus santos. Conocida su situación y conociendo el estado de aquella alma tan digna de interés, sentí en mí como una voz interior que me decía: te la mando para que te ocupes de ella. Protégela y sostenla.

En efecto, se apoderó de mí un deseo intenso de ayudarla y de guiarla en la forma que el Señor parecía indicármelo. Comprendí que necesitaba otro ambiente distinto de (aque)l en que vivía y, de acuerdo con ella, me puse en disposición de

buscar un sitio en donde aquella alma pudiera respirar y desarrollarse como flor lozana en el jardín del Señor.

[7. Mauricia en las salesianas del Sagrado Corazón de Jesús]

Después de pedir luces y ayuda al Señor, y de meditarlo bien, aunque preveía los sinsabores que el cuidado de esta alma me habían de costar, me resolví a dar el paso, y lo di, y bendito sea Dios por ello, porque no me arrepiento por ningún [9v] concepto, a pesar de lo mucho que ha habido que sufrir.

Conocía a las salesianas del Sagrado Corazón de Jesús, fundadas hará unos treinta años en Murcia. Tienen 6 o 7 casas en Madrid, y yo las conocía bastante por ser confesor ordinario de algunas de dichas casas cunas. Me dirigí a la madre Matilde de la Purificación, superiora del Pacífico, le expuse el caso y ella, con una bondad muy digna de agradecerse, lo comprendió y se encargó de arreglar las cosas con la reverenda madre Amelia, superiora general, para que Mauricia fuese admitida, no como religiosa sino como huésped. Se consiguió y al poco tiempo pudo trasladarse al colegio de las salesianas del Sagrado Corazón del Pacífico.

Allí pasó una temporada no muy larga y, durante el tiempo que estuvo la madre Matilde, como igualmente otra madre que estaba enterada, como la madre, de quién era el huésped que en casa tenían, pudieron darse cuenta de muchas cosas, nada ordinarias, que veían y oían. Ella misma escribió una memoria sobre ello, la cual, en ella, se podrá ver al detalle, lo que aquí, en gracia de la brevedad, tan solamente apuntamos.

[8. Madre Soledad de san Luis Gonzaga]

Mas no era allí donde el Señor la quería, a pesar de los cuidados y las deferencias de la madre Matilde y atenciones de las hermanas. Como era colegio y necesariamente había mucho movimiento, no encontraba Mauricia la quietud necesaria para poder vacar a la vida de quietud y contemplación que el Señor la pide. Hubo que pensar en trasladarla a otra casa de la misma congregación, pero más tranquila, y tam[10r]bién más fácil para seguir la dirección del padre.

La cosa era delicada, porque madre Matilde, lo que es muy natural, tenía particular empeño en guardar a Mauricia en su colegio; pero expuestas las razones y la conveniencia del traslado, se avino a ello y, desde el Pacífico, se trasladó a la casa que dichas religiosas tenían en la calle del Barco. Allí pasó a estas, bajo la tutela de la madre Soledad de san Luis Gonzaga, superiora de dicha casa. Con la

madre Soledad encontramos a otro de los instrumentos que el Señor tenía deparado para ocuparse de la fundación de El Tiemblo.

En cuanto se pusieron en contacto estas dos almas, se compenetraron de manera maravillosa. Le di algunas indicaciones que necesitaba saber para gobernar a Mauricia, todo ello con la más estricta reserva, condición que ha cumplido siempre con la más escrupulosa exactitud, a trueque de sufrir por ello más de un contratiempo. Le buscó una habitación retirada y allí estuvo muy bien atendida. Como estaba en un ambiente muy favorable de paz y de tranquilidad, parece que el alma estaba mejor dispuesta para recibir los favores del Señor.

[9. María de Jesús, el “Letradillo de santa Teresa”, el 2 de febrero de 1921]

Es de admirar las gracias especiales de que muchos hemos sido testigos. El fenómeno de los olores era frecuente. Con respecto a esto di yo encargo a madre Soledad para que la vigilara, la registrara, y se diera cuenta de esto, no por nosotros, que seguros estábamos, de que todo era de Dios, sino por prudencia, y para poder certificar mejor la verdad del hecho. El Señor le concedió muchas luces y muchas gra[10v]cias. Éxtasis tuvo varios, y yo mismo puedo certificar de algunos que presencié. En uno de ello(s), que duró horas enteras, se le dio a conocer María de Jesús, el “Letradillo de santa Teresa”, lo cual ocurrió el dos de febrero del año 1921.

Siguió madre Soledad todo el diálogo que hubo entre Mauricia y María de Jesús, esto por encargo mío, como también otros favores que recibió, y cuyo relato fidedigno se conserva escrito. He de advertir que Mauricia rogaba todos los días a santa Teresa y a la monja que ella quería, pero sin saber su nombre, y esta es la primera vez que, como queda dicho, se da a conocer.

Con esta aparición, empiezan las primeras indicaciones de la fundación de El Tiemblo. Iba llegando la hora determinada por Dios, y por eso también comenzó a manifestarse la que iba a hacer esta obra que Dios tenía destinada para la exaltación de su sierva, que espera desde hace tres siglos los honores a que se ha hecho acreedora por sus virtudes heroicas y por sus milagros.

[10. El enemigo]

Interrumpamos el relato para apuntar algo de las penas que el enemigo hizo pasar a Mauricia. Seguía persiguiéndola, mostrándose a ella de varias maneras, azotándola otras, haciendo aparatos extraños y así sucesivamente. Una vez le dijo



que no pararía de perseguirla hasta lograr arrojarla de allí: suscitó algunas pasioncillas dignas de mejor causa, y empezó a mostrarse algún malestar contra madre Soledad y de rechazo contra Mauricia.

El padre no quedó exento de la malevolencia. En vista de que esto podría tomar proporciones [11r] indeseables, se tomaron las precauciones necesarias para evitarlo. Mauricia regresó al pueblo con motivo de la muerte de su padre y aprovechó la ocasión para despedirse, agradecida, de aquellas buenas religiosas, en cuya compañía había pasado unos dos años. También la madre Soledad fue nombrada superiora de otra comunidad, fuera de Madrid.

Después se arreglaron las cosas para que Mauricia pudiera pasar algunas temporadas en Madrid, en casa de doña Guillermina Retana, viuda de Gutiérrez, que siempre había protegido a Mauricia, y después en el convento de reparadoras. Esto dicho, lo cual podríamos detallar mucho más, pero para el caso parece suficiente, tomemos el hilo de la narración en lo que a la fundación se refiere.

[11. Las primeras indicaciones sobre la fundación del monasterio]

María de Jesús entra en escena y María de Jesús es la verdadera fundadora de El Tiemblo. A contar del dos de febrero del año referido, María de Jesús, con licencia del Señor, viene a menudo. Empezamos a hablar de la fundación, y ella comienza a dar indicaciones de cuándo y cómo hay que hacerla.

Habiendo oído cierto día que madre Soledad y Mauricia hablaban de que tendría que haber una fundación en El Tiemblo, lo escuché con aparente indiferencia. A mí la idea no me desagradó cuanto más cuanto que siempre, no sé por qué, tuve yo la idea de que, si me fuera posible, alguna vez en mi vida, había de fundar un monasterio en honor de la Santísima Trinidad. Lo miraba como un deseo piadoso, sí; pero irrealizable. Cuando oí esta noticia de El Tiemblo, me agradó; pero dije [11v] que eso era para largo pues ni había para ello ni recursos, ni medios, ni nada.

Así lo creía yo, mas no opinaba de la misma manera María de Jesús. Había llegado el momento, y era preciso realizarlo. No hay personal, no hay recursos, no hay indicaciones precisas. No importa. Hay que hacer la fundación porque Dios lo manda, y lo ordena, por medio de María de Jesús. El personal, o sea, los instrumentos, deben reunirse en Madrid y todo debe disponerse en Madrid. Pues todo vendrá, todo se hará, todo se cumplirá, tal y como María lo quiere, con licencia del Señor.

Desde entonces, la fundación vino a ser el tema más ordinario de muchas comunicaciones y consultas con María de Jesús que, a contar desde el dos de febrero, fueron directas, frecuentes y largas. Preguntábamos a María, poníamos objeciones, dificultades, y a todo iba contestando, y la idea se iba cristalizando. La primera

conquista que hizo María fue a la madre Soledad, la cual empezó a sentir deseos de tomar parte en dicha fundación.

María declaró que era voluntad de Dios que así fuera, y en ello se quedó. Tampoco sabíamos de qué Orden había de ser, ni de qué clase, si de clausura o de los nuevos institutos. María fue aclarando poco a poco las ideas, en varias consultas que se le hicieron llegando, después de varias consultas, y de no pocas oraciones, al convencimiento de que tenía que ser de clausura y que dieran enseñanza.

Adquirido este extremo, faltaba saber de qué Orden había de ser, en qué lugar se había de hacer, y cuándo [12r] se debía ejecutar. Como María de Jesús era carmelita, a mí me parecía muy natural que fuera la fundación de carmelitas. Igualmente me pareció que, de no poder ser carmelitas, y dada la devoción (que), en el sitio donde había de hacerse, tenían a san Antonio de Padua, que dicho monasterio fuera de clarisas franciscanas. Por otra parte, esta idea tropezaba con un inconveniente que, para mí, personalmente, no lo era; porque, lanzando la idea y, haciendo lo que estuviera de mi parte, después podía dejar el sitio a los padres carmelitas o franciscanos, según que la fundación fuera de carmelitas o franciscanos, cosa muy natural; y yo retirarme, tranquilamente, a mi monasterio.

Todo se expuso a María de Jesús y ella, con licencia de Dios, zanjó todas las dificultades, diciendo que era voluntad divina que la fundación fuera de benedictinos, porque el padre Leandro era benedictino, el cual tenía que ser el sostén de la fundación, y debía de vivir y morir en ella. Yo en esto veía dificultades. Se las expuse a María de Jesús y a todas contestó, resolvió todas mis dudas, y dijo que todo se allanaría, que todas las dificultades se vencerían, y que todo debía hacerse así, porque Dios así lo quería.

#### [12. Una abadía genuinamente benedictina]

Viendo que las cosas se iban preparando con tan risueños (h)orizontes, y que en todo ello, unos y otros, no hacíamos ni queríamos hacer sino lo que Dios mandaba por medio de María de Jesús, comenzó a pensar en cómo se había de hacer la fundación. Y aprovechar la ocasión para, caso de hacerse, que fuera una [12v] abadía genuinamente benedictina.

Comencé a pensar en quién podría ayudarme para llevar a cabo una obra tan hermosa. Consulté a María sobre el particular, diciéndola que, siendo esto obra de Dios y obra suya, que ella indicara los medios, que nos deparara la persona que nos había de proporcionar los recursos necesarios porque, si no, ¿cómo iba a realizarse y realizarse tan pronto como ella quería? A esto contestó María de Jesús que no nos apuráramos, que Dios procuraría quién lo habría de hacer. ¿Está en Madrid esa per-

sona? Preguntamos a María. No, pero vendrá sin mucho tardar. ¿Quién es? Ya lo sabrás. ¿De dónde es? Cuando venga lo verás. ¿Qué es? Ya te enterarás. Y no creyó conveniente decir más sobre el particular.

[13. La madre del Gran Poder y las religiosas reparadoras]

Encontrándome en Madrid para llevar a cabo la fundación de una residencia de nuestra Orden, pedí al Señor socorro, y desplegaba toda la actividad posible para lograr recursos con dicho fin, y también para propagar el conocimiento de la liturgia, tan en honor de la Orden benedictina, por medio de conferencias sobre dicha materia. Con este motivo, me dirigí cierto día al convento de reparadoras y me presenté a la reverenda madre del Gran Poder, religiosa de mucho prestigio, muy conocida en Madrid, y muy caritativa, perteneciente a una noble familia de Sevilla.

Me recibió con mucha caridad y cortesía. Le expuse sencillamente el objeto de mi visita. Le pareció muy bien, me agenció con la reverenda madre superiora de la casa, y al cabo de pocos días pude empezar en aquella [13r] bonita iglesia una serie de conferencias litúrgicas, que duraron casi dos años. Con este motivo, tuve ocasión de hablar algunas veces con la madre del Gran Poder. Se enteró con interés de lo que había en Madrid, y de mis proyectos de fundación monástica. Me ofreció bondadosa sus oraciones y también recomendar la obra a personas piadosas y pudientes. Entre ellas, citó a su prima, la excelentísima duquesa de Tarifa, cuya piedad es bien conocida en todo Madrid.

La madre del Gran Poder es alma harto aficionada a las cosas de(l) espíritu y, por eso, muchas veces, en nuestras entrevistas, se trataron asuntos de esta índole. Hablando de almas privilegiadas, me dio algunos nombres de almas muy de Dios, que ella trataba. Yo le dije que también conocía algunas y, sobre todo, una que realmente era para llamar la atención. Le conté, con toda reserva, algunas cosas de las que ocurría a dicha alma y, como es natural, entró en deseos de conocerla. Algo me costó; pero, después de pensarlo bien, creí que podía acceder a ello, contando con la discreción de dicha madre. La conoció. La vio alguna vez, y se enteró de algunas nuevas de la vida de dicha persona.

La reverenda madre superiora llegó a saber algo, porque convenía, pero todo en secreto. Quiso madre del Gran Poder ahondar en el conocimiento de dicha alma algo más de lo convenido, quiso hasta ponerla en manos de otros directores, en fin, quiso, con la mejor voluntad del mundo, y quizás sin darse cuenta, ejercer oficios como de director. Lo cual no [13v] pareció bien a María de Jesús, pues se trata de Mauricia. Y desde entonces, por orden del Letradillo de santa Teresa, se cortaron

aquellas comunicaciones íntimas. Por aquí se ve que el Señor iba preparando el camino para llegar a conocer a otro de los más importantes instrumentos de la fundación, como se irá viendo.

[14. La duquesa de Tarifa y Carmen Medina y Garvey, hijas de los marqueses de Esquivel]

Madre del Gran Poder y su hermana, madre Covadonga, tienen gran amistad con la señora duquesa de Tarifa. Me presentaron a esta señora con el fin de que se interesara por nuestra fundación de Madrid. Como es dama muy amante de cosas espirituales, vino la conversación a parar donde Mauricia. Se interesó mucho a cuanto se le dijo, y mostró deseos de verla, como así ocurrió. El Señor se valía de todos estos caminos para llegar a sus fines. Quedó muy impresionada la señora duquesa de cuanto oía y que era cierto porque lo que se ve palpablemente no se puede dudar ni mucho menos negar.

Por este tiempo, tuvo ocasión la señora duquesa de hacer un viaje a su ciudad natal, Sevilla. Hay en la ciudad del Guadalquivir un colegio dirigido por las religiosas del instituto de la Venerable Virgen María, que vulgarmente llaman irlandesas, en donde se educa la mayor parte de las hijas de las familias más nobles y hacendadas de Sevilla.

Y dicho se está que más de una toma el hábito del instituto. Es lo que ocurrió a la señorita Carmen de Medina y Garvey, hija de los señores marqueses de Esquivel, familia noble por su linaje, no menos que por sus virtudes. Dicha señorita, educada en el mencionado colegio, ingresó en el instituto, tomando el nombre de san Francisco de Borja. Es conocida en toda Se[14v]villa y en sus alrededores por el nombre de madre Borja. La madre Borja es hermana de la señora duquesa de Tarifa. Y gusta también de hablar de cosas de espíritu. La duquesa le habló de Mauricia, y le interesó, abrigando deseos de conocerla en cuanto tuviera ocasión de ello. Claro que, de todo eso, Mauricia, madre Soledad y el padre Leandro éramos ignorantes.

[15. Guillerma Retana y la finca del Hotel, en la villa del Tiemblo]

Entretanto, seguíamos consultando con María, y tratando del asunto principal de nuestras comunicaciones con la sierva de Dios. Seguíamos haciendo planes, pidiendo luces y ayuda al Señor. Hemos dicho que la fundación debiera hacerse en

El Tiemblo. Esto nos ofrece ocasión para hablar del lugar en donde el Señor tenía dispuesto hacer la nueva fundación.

En la villa de El Tiemblo, hay una finca que llamaban el Hotel. Pertenece a una piadosa familia de El Tiemblo, que la tenía destinada para una piadosa obra, dedicada a la Santísima Trinidad. Acontecimientos, que no es el caso de referir aquí, contribuyeron a que dichas fincas viniesen a parar a manos de un señor notario, por nombre don Lino Gutiérrez, el cual la escrituró a nombre de sus hijos, y vivió varios años, usufructuándola. En ella construyeron un hotel y en él pasó los últimos años de su vida.

Por ley de herencia, vino a parar a manos de sus hijos, tocando parte de ella, que era muy grande y hermosa, a don Isaac Gutiérrez, el cual casó con doña Guillerma Retana, natural de Cedillo, provincia de Toledo. Llevaba varios años en pacífica posesión de esta finca doña Gui(14v)llerma, en vida de su esposo, y después de muerto. Pasaba los veranos en su hotel, y era muy considerada (en) la villa de El Tiemblo.

Los designios de Dios sobre esta finca, que había sido ofrecida a la Santísima Trinidad por sus legítimos dueños, los anteriores a don Lino Gutiérrez, no eran los mismos que tenían los actuales propietarios. Ellos no lo sospechaban, pero Dios seguía su camino. Y, en el momento de realizarse lo que Dios quería, se aproximaba. Dios permitió que la parte principal de la finca viniera a manos de don Isaac y de su consorte, doña Guillerma. No dio Dios descendencia a este matrimonio porque doña Guillerma era la destinada por el Señor para que fuera el instrumento que debía por la parte que le correspondía, restituir esta finca a sus nobles y primitivos fines.

Doña Guillerma vivía en Madrid, cerca del monasterio de San Plácido y, como es persona piadosa, frecuentaba aquella iglesia. Allí permitió el Señor que conociera al padre Leandro y le tomara como confesor. Ella protegió también a Mauricia y, generosamente, le franqueó las puertas de su casa cuando vino a Madrid, y a los pocos meses después que Mauricia dejase a las salesianas. Con este motivo, tuve conocimiento de El Tiemblo, del hotel, etcétera.

Un día, me dijo doña Guillerma que tenía pensado dedicar su finca de El Tiemblo a una obra piadosa, a un instituto religioso; pero después de su muerte. Me pareció muy bien el proyecto. Ella no sospechaba [15r] que aquella idea no era suya; era de Dios; eran preparativos para la obra que Dios tenía dispuesta, y que no aguardaría hasta la hora de su muerte. No le dije nada, porque aún no se había cristalizado la idea de la fundación que mandaba María de Jesús. Cuando esto llegó a ser un plan ya resuelto, hablé con doña Guillerma sobre el particular. La idea le pareció magnífica y, ¿cómo no, si era lo que Dios quería?

Le manifesté el asunto de que se trataba, preguntándole si estaría dispuesta a ceder su finca para una fundación. Hubo necesidad y orden de María de decirle, en absoluta reserva, algo de lo que se proyectaba. No le chocó grandemente mi confidencia, porque conocía a Mauricia, y había presenciado en ella cosas nada ordinarias, y había oído hablar de la misma durante sus viajes a El Tiemblo. Yo ignoraba por entonces el origen de la finca y los designios del Señor sobre la misión de doña Guillerma en este asunto y otras cosas que descubrió el Señor más adelante, principalmente por medio de María de Jesús y de santa Teresa.

Por eso le dije que pusiera condiciones para ceder su finca con el fin indicado. Hay que decir, en honor a la verdad que, en esto, al principio, doña Guillerma se portó como una noble señora, y como cristiana admirable, porque a todo se avino con un espíritu de fe que la honra. Después el Señor ha permitido que haya sus tropezos y dificultades; pero esto no hace para lo que vamos refiriendo.

[16. Carmen Medina y Garvey, la madre Borja, conoce al padre Leandro y a Mauricia]

Aunque Mauricia residiese ordinariamente en Madrid, hacía, de cuando en cuando, algún viaje a El Tiemblo. Durante uno de éstos, mandó a decir a doña Guillerma el siguiente recado: “Uno de estos días llegará a Madrid una señora que quiere hablar conmigo. Dígaselo al padre”. Me comunicó doña Guillerma el mensaje y no le di más importancia.

Volvió Mauricia a Madrid, casi enseguida, y poco después, me dijo la señora duquesa que su hermana, la madre Borja, había venido a Madrid por motivos de salud y que tenía mucho interés en conocerme y en conocer a Mauricia. No vi en ello inconveniente, todo lo contrario. Se pusieron al habla las dos hermanas y quedaron en que yo un (día) iría a Lope de Hoyos, donde tenían su colegio las irlandesas, y donde se hospedaba la madre Borja.

Me presenté en dicho colegio, salió la madre Borja a una sala de recibo, y allí tuvo lugar una de nuestras primeras visitas. Yo quedé altamente satisfecho de la madre. Me hizo varias preguntas, se habló de todo un poco, y de Mauricia, bastante. Corroboré todo cuanto le había comunicado a su hermana la duquesa y añadí alguna cosa más, por creerlo conveniente, pero todo con la mayor reserva.

Mostró deseos madre Borja de conocer a Mauricia, y se accedió a ello, por orden de María Jesús, que fue consultada con este motivo. Fue Mauricia a Lope de Hoyos, acompañada de madre Soledad y del padre. Se habló de lo que pareció conveniente y la impresión recíproca fue excelente, re[16r]pitiéndose estas visitas, aunque pocas veces. Se habló de varias cosas y, entre otras, de la fundación que se

había proyectado en El Tiemblo. Agradó la idea a la madre. La miró con interés y dio buenas esperanzas.

Esta era la señora que había dicho Mauricia que vendría y que deseaba hablar con ella (con Mauricia). Esta era la señora que había anunciado María que vendría para hacer la fundación. –Pertenece a otro instituto! –No importa. –Carece de buena salud! –No le hace. Esa es la destinada por Dios y la que tiene que hacer la fundación material. Dios la ha escogido para eso, y tiene que hacerse. Por aquí vimos lo que a mí me parecía una cosa muy lejana de realizar se acelera y no se pasarán muchos meses sin que sea un hecho.

La idea fue tomando cuerpo en la mente de madre Borja. Reflexionó, oró, nosotros oramos, pedimos a María que la asistiera y ayudase y ella así lo hacía, de tal forma, y con tanta eficacia, que madre Borja se decidió a contribuir con sus bienes para la fundación de benedictinas de El Tiemblo. La idea agradó mucho a la señora duquesa de Tarifa y a la reverenda madre Corazón de Jesús, superiora de las reparadoras de Madrid y hermana de la anterior, y de la madre Borja. Siguieron las consultas entre las tres personas nombradas y el padre Leandro. Todo se consultaba con María de Jesús, que indicaba lo que había [16v] que hacer.

[17. La madre Borja debe ser benedictina]

Faltaba un punto. Madre Borja, con anuencia de la Santa Sede, estaba dispuesta a invertir la cantidad necesaria para la fundación. Pero de ella no se hablaba. No comprendía que era útil su ayuda, no sólo material, si(no) que también personal. Pero tenía mis reparos por pertenecer ella a un instituto en donde llevaba muchos años, por una parte; y, por otra, lo delicada de salud en que estaba.

El Señor, por medio de María Jesús, se encargó de solucionar la dificultad. Un día, estando en reparadoras, con la duquesa y la madre superiora de aquella casa, esta dijo: “Puesto que has de hacer la fundación con tu dinero, y sientes deseos de vivir más perfecta, podías entrar tú también. Estas palabras, dichas con un fin tan noble y tan recto, no cabe duda que las inspiró María. Cayeron en tierra abonada, hicieron mella en el ánimo de madre Borja y, después de orar y pedir consejo a María de Jesús, que dio su aprobación, se decidió la madre a tomar parte activa en la fundación.

Aunque en principio estaba la madre resuelta a formar parte de la nueva fundación que se proyectaba, creyó prudente madurar más la idea y consultar el asunto, no solamente en la oración, si(no) que, también, con sus directores y otras personas de probada virtud y sano criterio. Así lo hizo, especialmente con su director, el reverendo padre Francisco Rosique, religioso de la Compañía de Jesús, hombre

de grandes virtudes, alma muy entendida en las cosas de Dios y muy alumbrada por [17r] la gracia. Este padre era a la sazón confesor de la madre y, después de pensarlo bien, le aconsejó que podría hacerlo, que era obra de Dios, y pasara adelante.

Lo propio hicieron otras personas de reconocida santidad las cuales, consultadas, dijeron igualmente que era de Dios y que tendría muchas pruebas; pero que de todo se saldría adelante. Tomados todos los medios divinos, o sea, la oración, y humanos, o sea, consultar personas capaces de dar un consejo acertado y desinteresado, completamente resuelta la madre a darse de lleno a la obra de Dios, con toda la actividad posible, se tomaron los medios y acuerdos necesarios para llevarla a cabo.

Todo esto, como es natural, se consultaba con la sierva del Señor, María de Jesús, la cual nos daba, con licencia de Dios, todas las luces e indicaciones necesarias para seguir adelante. Convenía activar, dice María, y todos poníamos de nuestra parte cuanto se nos alcanzaba para cumplir los deseos de nuestra directora. La madre, activa por temperamento y por carácter, no necesitaba mucho estímulo para ello. Así que la cosa iba adelantando todo lo que se podía, dentro de las circunstancias de secreto y reserva con que era preciso y estaba mandado proceder.

Se continuó, pues, trabajando, bajo la dirección del Señor, por mediación de María de Jesús, y se comenzó a planear de modo claro y definitivo una fundación de monjas benedictinas en El Tiemblo, a cuyo efecto era necesario, en primer lugar, ver cómo se había de conseguir el traslado de la madre del instituto [17v] a que pertenecía para ingresar en la Orden benedictina y de qué manera conseguir las licencias necesarias, a qué personas acudir, cómo valerse para el logro del plan que, por medio de María de Jesús, el Señor nos confiaba.

Todos estos puntos, verdaderamente importantes, fueron objeto de frecuentes entrevistas, de frecuentes consultas con María de Jesús, de continuas oraciones y, por qué no decirlo, de no pocos sufrimientos. Con todo, ninguno desmayábamos; todos estábamos muy animados y dispuestos a desempeñar el papel que el Señor tiene dispuesto que realizáramos en esta obra.

#### [18. La salida de la madre Borja de las irlandesas y las primeras dificultades]

Todo esto necesita su tiempo. Pasaron meses. La madre volvió a Sevilla y los trabajos continuaban en secreto y con reserva cual convenía y estaba mandado. María urgía, la madre estaba resuelta, todo estaba dispuesto. Sólo faltaba comenzar abiertamente las gestiones necesarias. Lo primero que se imponía, como es natural, era que la madre Borja participase su resolución a sus superiores, sin cuyo requisito



no se podía dar un paso. Al efecto, escribió a la reverenda madre provincial del instituto y después a la reverenda madre general del mismo, comunicándoles su resolución, y recabando de ellas el permiso necesario para trasladarse a la Orden benedictina.

Este permiso le fue otorgado, como era justo, pero produjo un efecto cuyas consecuencias, unidas a otras causas, aún se están experimentando. El permiso fue pues, concedido, pero no a gusto. Produjo esta resolución de madre Borja impresión muy honda y causó desagrado muy [18r] profundo que dio por resultado una explosión de antagonismo y de oposición, primero oculta y, después, demasiado descubierta, de tal forma, con tal constancia y tanta habilidad que recuerda los tiempos de santa Teresa.

Para darse cuenta de la eficacia de esta oposición, conviene no echar en olvido el ascendiente que el instituto de la madre Borja tiene y de las influencias con que cuenta en las esferas más elevadas de la sociedad española. Con todo, se siguió adelante. El temperamento enérgico de madre Borja no se asustaba porque, como obraba en conciencia y en ley, y no tenía por qué temer, ni salía del instituto por ninguna causa menos loable, sino por motivos edificantes, capaces de engrandecer y propios para inspirar, no oposición, sino gratitud, la madre no se arredró por ello.

#### [19. Madre Borja en las reparadoras: la delimitación material de la obra monástica]

Estaba en regla, tenía las licencias necesarias y podía, por lo mismo, continuar su obra con toda tranquilidad de conciencia. Así se hizo, una vez conseguido el permiso conveniente. Madre Borja, secundada por todos, y por su hermana, la duquesa de Tarifa, se entregó de lleno a realizar el plan de la obra. Volvió de Sevilla, se instaló en el convento de reparadoras, allí se hicieron frecuentes conferencias y se trató todo lo necesario, y todos los extremos de la fundación. Había que ver la forma que convenía dar al nuevo convento, había que pensar en las licencias eclesiásticas, y en todas las demás cosas necesarias para llegar a lograr lo que se pretendía.

Al efecto, se hicieron algunas compras en El Tiemblo por medio de doña Guillerma, se prepararon los planos del futuro monasterio y todo se dispuso, no sin dificultades ni sin sinsabores, porque todo esto comenzó en cuanto se comenzó a tratar de la fundación. Todo esto se le decía a María de Jesús y ella aclaraba las cosas, daba alientos, daba luces, y ayudaba para ir venciendo las incontables trabas que iban saliendo al paso.

[20. La propuesta para un noviciado de la madre Borja en París]

Como se trataba de una fundación benedictina, se pensó en dónde la madre podría hacer el noviciado. ¿Será en España? Ello se pensó pero, sin disminuir en nada el mérito y virtudes grandes que existen en nuestras comunidades españolas, no veía yo en ellas lo que aquí se quiere llevar a cabo, que es hacer un monasterio benedictino que sea centro de liturgia, de vida interior y de instrucción.

Sabido es que, por circunstancias especiales y lamentables, nuestras comunidades benedictinas españolas no tienen esa altura y eso que ellos personalmente lo desean y son amantes entusiastas de la Orden; pero no cuentan con medios para ello. Tienen hambre de espíritu benedictino y no hay quién se lo inculque. Hay almas de cierta posición social que aspiran a la vida contemplativa; hay almas que aman la vida benedictina en su más pura expresión, y no hallan sitio en dónde realizar sus anhelos. Pues para esas almas, especialmente, queremos ese refugio monástico. Por eso se pensó en ir a alguno de los monasterios de Francia, que los hay, donde nuestras futuras benedictinas de El Tiemblo encontrarían la iniciación de esto que se buscaba.

Con este motivo, me dirigí al monasterio de benedictinas de la Rue Monsieur, discípulas fieles de las doctrinas monásticas de Dom Gueranger. Es una comunidad que llama la atención de propios y extraños por la exactitud y puntualidad con que practican todo lo referente al culto divino, a la sagrada liturgia. Expuse a la reverenda madre priora el propósito que había. Accedió gustosa y, en una carta fina y clara, contestó que, con mucho gusto, abriría las puertas de su monasterio para recibir a la madre Carmen y a cuantas españolas la acompañaran para el fin propuesto. Conseguido esto, habría que pensar en tratar el asunto con las autoridades eclesiásticas.

[21. El inicio canónico de la obra y la audiencia con el papa Pío XI en diciembre de 1922]

Lo natural en casos semejantes era dirigirse al señor nuncio de Su Santidad en España. Esto es cosa de trámite canónico que se me ocultaba; pero no convenía proceder así, se veían inconvenientes, se veía que este paso era prematuro y con gran riesgo de la obra, dada la influencia del instituto a que pertenecía madre Carmen y dada la franca oposición que empezaron a ejercer por todas partes. Cuidaron de influir en cuantos sitios creyeron oportunos para impedir la fundación y, por eso, y sobre todo porque lo mentó María de Jesús que así se hiciera, se adoptó la idea

de que madre Borja fuera a la mayor brevedad posible a Roma para tratar el asunto con el sumo pontífice.

Urge ir cuanto antes a Roma, porque hay muchos enemigos en contra, no tardéis, [19v] que es urgente. No os asustéis, que todo se vencerá; pero el enemigo está furioso y quiere devorarlo todo. Se activó lo que se pudo, se tomaron las precauciones, se pidieron recomendaciones para el soberano pontífice y para otras personas, y se determinó emprender el viaje a Roma a mediados de noviembre. La madre no podía ir sola y quiso el Señor disponer las cosas para que la acompañara su hermana la señora duquesa de Tarifa.

Dicho sea de paso, esta noble dama ha desempeñado y sigue desempeñando un papel en esta obra digno de toda loa, por su fe, su abnegación y docilidad a lo que mande María de Jesús. Se muestra digna de la protección de dicha sierva del Señor, que más de una vez ha tenido ocasión de decirlo. Quería María que todos los preparativos se hicieran, y no salieran de Madrid nuestras viajeras sin tenerlo todo, y especialmente las cartas comendaticias de Su Majestad la reina doña María Cristina, tan piadosa, tan amante de la Orden benedictina, y tan favorable a la nueva fundación, a pesar de los rumores hostiles que alguien había procurado hacer llegar hasta su conocimiento.

Se hicieron los últimos preparativos, se tomaron los billetes y, aunque por uno de estos incidentes que ocurren en la vida, no habían podido recoger las cartas de Su Majestad, la reina, creyeron que podrían aguardar más y, el 17 de noviembre de 1922, salió madre Carmen acompañada de su hermana, la señora duquesa de Tarifa, con dirección París-Roma.

Llegaron a París, visitaron a la reverenda madre priora de las benedictinas du Temple, [20r] y poco después emprendieron su viaje a Roma. Allí pasaron varios días ocupándose activamente del asunto que las llevaba, vieron al primado, al padre Simó, que mucho les ayudó, al eminentísimo cardenal Laurenti y al sumo pontífice. Expuso madre Carmen al primado su proyecto.

Lo propio hizo con el señor cardenal Laurenti, lo mismo con el Papa, a quien presentó una súplica en que exponía sus deseos y, después de varios días de trabajo, mezclados con algunos incidentes y contratiempos, que pudieron arreglarse a tiempo, alentadas con las promesas que le hicieron todos, unos en una forma y otros en otra, emprendieron el viaje de regreso a España, pasando de nuevo por París y dando cuenta a (la) madre priora del resultado del viaje que, al parecer, no podía ser más (h)alagüeño.

Madre Carmen y la señora duquesa de Tarifa llegaron a Madrid el 22 de diciembre de 1922. Vino a verme la madre para contar lo ocurrido en el viaje. Estaba contenta y esperanzada por la acogida que habían recibido, las promesas que le

hiciera el señor cardenal Laurenti, prefecto de religiosos, de que se activaría la cosa, y los documentos que él entregaría al reverendísimo padre abad primado. Ella en esa fe se vino, y en esa fe estaba, y por lo mismo quiso activar lo más posible para irse cuanto antes al noviciado.

[22. La madre Borja regresa a las reparadoras. La oposición frontal a la obra]

Lo primero que hizo la madre, el día siguiente de su regreso a Madrid, fue emprender el viaje de Ávila para visitar al señor obispo de la diócesis en que está enclavado el lugar donde se hace la fundación. Estuvo hablando con Su Señoría Ilustrísima. Le manifestó sus deseos, lo que de Roma le habían [20v] dicho y accedió el prelado a lo que la reverenda madre le expuso.

Regresaron de Ávila el 25 de diciembre, por la noche. Se instaló madre Carmen en reparadoras, contando, como hemos dicho, con que esto sería cosa de unos días. Pero aquí esperaba a la madre, y a todos, una prueba a la cual quiso el Señor someter a cuantos tomamos parte en esta obra del Señor y de María de Jesús.

Aunque la guerra, al principio oculta, había ya comenzado, ahora, apenas vuelta la madre de Roma, tomó un carácter más abierto y descarado. Comenzaron a correr rumores nada agradables contra la fundadora.

En Roma, habían dicho a la madre que se viniera tranquilamente, que pronto se despacharían las licencias por escrito y, por mediación del reverendísimo primado, le serían remitidas. Aquí ya podemos ver que algo en contra había llegado a Roma pues, dada la bondad de la obra y la simpatía con que fue, a lo primero, acogida, y lo fácil que es extender un documento de esta índole, no se ve fácilmente el por qué no daban a la madre el documento o licencia “in scriptis” para lo que se pedía.

Por entonces, no se cayó, al menos del todo, en la cuenta aunque, si he de decir verdad, a mí no dejó de chocarme un tanto. El caso es que pasaban los días, y las licencias no llegaban.

La oposición abierta era ya un hecho en Sevilla, en Madrid, en Roma y en todas partes. La nueva fundación era el tema [21r] de las hablillas de muchos sitios, como si se tratara de comentar algún crimen, como si madre Carmen se hubiera fugado ilegítimamente de su instituto, como si éste no debiera muchos favores a dicha religiosa, se la atacó de una manera poco edificante. Todo se iba descubriendo, acudimos a la oración, consultamos a María, la cual siempre contestaba: “Todo pasará, todo se vencerá, adelante con la cruz!”

Es cierto que, si se tiene en cuenta lo íntimo y lo extenso de la oposición, y las personas que en ello han tomado parte, es más que suficiente para que esta obra hubiera sucumbido desde sus comienzos. Pero estaba María de Jesús de por medio y de todo se ha triunfado. Pocas fundaciones habrán sido anunciadas como esta, dirigidas como esta, y perseguidas como esta. Pocas habrá habido tan asistidas y tan palpablemente asistidas como esta, también.

Como se iba retrasando, y la madre iba oyendo cada día nuevas por demás de desagradables, se inquietaba, sufría, y tenía que sostener luchas interiores no pequeñas. Yo procuraba calmarla, su hermana la duquesa se esforzaba en consolarla, como igualmente la reverenda madre superiora de las reparadoras, todos poníamos nuestra parte y llamábamos al Señor en nuestra ayuda, y a María de Jesús, la directora de esta obra, y los demás santos que por ella se interesan.

Así seguíamos y, en este tiempo, esperando las licencias que no acababan de llegar, la madre pudo realizar un viaje a El Tiemblo, donde realizó las compras que había que hacer; y otro a Sevilla, en donde hizo sus últimas disposiciones y arreglos. Allí vio al padre Rosique y a la madre Corazón de Jesús, que mucho la consolaron y alentaron; y también pudo la madre, con su presencia, disipar no pocos de los rumores poco justos y caritativos que se habían propagado. Volvió a Madrid y, en reparadoras, continuó esperando, luchando y mereciendo.

Había llegado la hora de romper el silencio y salir en defensa de la verdad, a cuyo efecto, lo primero que hizo la madre, y con muy buen acuerdo, fue escribir al excelentísimo señor arzobispo de Sevilla, enviándole una serie de documentos fidedignos para demostrar que obraba dentro de los límites de la ley y que su conciencia estaba tranquila, porque tenía todas las licencias necesarias para obrar como lo venía ejecutando, siendo por lo mismo vituperable aquella campaña hostil que venía fomentándose en Sevilla. Esto, y el viaje de la madre a dicha capital, contribuyó a amainar, si no del todo por lo menos en parte, la borrasca que se había levantado con motivo de la salida de la madre Borja.

[23. Los marqueses de Borgheto y el encuentro de madre Borja con el nuncio Tedeschini]

La familia de la madre se inquietaba, sufría al ver todo esto, y creyeron oportuno tomar cartas en el asunto, aunque con toda la prudencia debida. Entre otras diligencias, se toma la principal, que era una visita al señor nuncio.

Queda dicho en anteriores páginas que, según los trámites ordinarios, antes de ir a Roma, debiera de haberse contado con la anuencia del señor nuncio de Su Santidad en Ma[22r]drid; pero dijo María que, por entonces, no convenía; y que debía

de hacerse primero el viaje a Roma; y éste con la mayor urgencia posible, que llegaría el tiempo en que habrá que ver al nuncio, y éste ayudaría.

El tiempo ha llegado, y manda María que se dé el paso, y se dio; veamos cómo. Los señores marqueses de Borgheto, hermanos de la madre, tienen grande amistad con el señor nuncio. El Señor se valió de estos señores para preparar los caminos de la entrevista de madre Carmen con monseñor Tedeschini. Fueron con ella y la excelentísima señora duquesa de Tarifa.

Su entrevista de la madre con el señor nuncio fue, al principio, un poco fría. Monseñor Tedeschini estaba prevenido contra la obra a causa de lo mucho que en contra de ella había llegado hasta sus oídos. Pero, como es un espíritu recto y justo, en cuanto oye hablar del asunto a la madre y recibió los documentos que demuestran la verdad del hecho, cambió y se constituyó en defensor firme, en baluarte de la fundación, como desde aquel momento lo ha venido demostrando. Después de Dios, puede asegurarse que el señor nuncio ha sido el mayor protector de la obra.

Él, una vez enterado de la verdad, puso coto a ciertas habladurías que, demasiado insistentemente, venían haciendo no poco daño a la madre y, por ende, a la obra de Dios. Él, con su autoridad e influencia, dispuso que la madre permaneciera tranquila en reparadoras. Él consiguió licencias para el traslado de la madre de su instituto a la Orden benedicti[22v]na, licencias para que recibiera el hábito, y él fue quien gestionó las licencias canónicas para la fundación del monasterio de El Tiemblo. Él, bondadoso, continúa protegiendo la obra, la cual sigue luchando con dificultades que el Señor permite y el diablo suscita. Aquí vemos realizada la palabra de María de Jesús cuando dijo que, llegado el tiempo, el señor nuncio ayudaría.

#### [24. Las cuatro primeras benedictinas]

Así comenzó un periodo de relativa tranquilidad, que buena falta hacía, y llegó el momento de emprender la marcha al noviciado. Aquí conviene decir, siquiera sea, breves noticias acerca de las compañeras que el Señor, por medio de María de Jesús, prepara para los comienzos de la obra.

No convenía que a París fuera la madre sola. Se consultó a María y contestó que primero irían tres con la madre, y luego se reunirían con ella en París hasta cinco. Todo se ha realizado al pie de la letra, como se irá viendo en el decurso de esta narración. Pronunciemos, sin más preámbulos, los nombres de estas tres elegidas del Señor: señorita María de los Ángeles Mañes Retana; señorita Teresa López Jáuregui; señorita Amalia Ruiz Fernández. No se conocían ni conocían a la madre y, sin embargo, tenían que reunirse en Madrid, conocerse, verse, unirse, y

con una buena voluntad, digna de todo elogio, entregarse a la obra del Señor para glorificar a María de Jesús.

*María Mañes Retana*, natural de Béjar, pertenece a una [23r] familia profundamente cristiana. Vino a vivir a Madrid y, por ser sobrina de doña Guillerma Retana, de quien ya antes hemos hablado, tuvo ocasión de conocer El Tiemblo y también de conocer a Mauricia. Con lo que iba viendo y oyendo y, sobre todo, alumbrada por la gracia, en cuanto tuvo noticia de la fundación de El Tiemblo, y que pudo darse cuenta de lo que era esta fundación, comenzó a pensar en sí misma, a sentir atracción hacia la obra y, después de meditarlo, de consultarlo, y de asegurarse bien, se decidió a ingresar. Tuvo que vencer dificultades; pero carácter enérgico y profundamente piadoso, una vez que comprendió la voluntad de Dios, se decidió, entró y trabaja con toda su alma por la obra. Hoy es la madre Teresa de Jesús de la Santísima Trinidad.

*Teresa López Jáuregui*, natural de Madrid, había vivido largos años en Francia, donde actualmente tiene casi toda su familia. Vino a Madrid y allí, por medio de su hermano, el presbítero don Francisco López Jáuregui, conoció al padre Leandro, lo tomó como director. Este la fue formando, poco a poco, y al cabo del tiempo, viendo que ella demostraba deseos grandes de consagrarse al Señor en la vida religiosa, después de varios tanteos y de haberlo encomendado mucho al Señor y a María de Jesús, el padre le hizo alguna prudente indicación acerca de la obra que se proyectaba.

La idea fue arraigando y, a medida que se iba enterando, le iba gustando, hasta que por fin se decidió por completo. Mas no bastaba esto. Hija única, apoyo de su madre, respetable anciana que tenía sus ojos puestos en Teresa, y que con ella no tenía que preocuparse de nada, porque ella llevaba el timón de la casa, y corría con todo, no era cosa fácil que se aviniera a deshacerse de su hija. Se pidió a María, se consultó a María, la cual ofreció su ayuda y dijo que todo se arreglaría. Así aconteció porque, después del primer rechazo, como es natural, se convenció de que su hija era llamada por Dios y consintió, generosa, en hacer este sacrificio, llevándolo hasta el punto de que hoy vive en El Tiemblo, al lado del nuevo monasterio, dedicada a los ejercicios de piedad, y feliz por ver a su hija tan contenta en la casa del Señor. Lleva el nombre de madre Escolástica de la Santísima Trinidad.

*Amalia Ruiz Fernández*, natural de Puebla de don Fabrique, provincia de Granada. Huérfana de madre, siendo muy joven, vivía con su hermana Juanita. Su padre, don Alfonso Ruiz, procuró siempre darles una educación esmerada. Estaban ambas hermanas en el colegio que las religiosas de San José de Cluny tienen en Pozuelo de Alarcón, cerca de Madrid. Allí las conocí, siendo confesor ordinario de la comunidad y del colegio. Es Amalia, como su hermana, un alma angelical, y profundamente piadosa, debido a los cuidados de su padre y al haber sido educadas

por religiosas y, sobre todo, al Señor [24r], que las tenía destinadas para él, en la obra de El Tiemblo.

Muchas veces me habló de su vocación y de su deseo de ser monja de clausura porque, aunque conocía el instituto de San José de Cluny, y lo amaba mucho, no sentía atractivo para ingresar en él. La idea me parecía buena; pero la iba dando treguas hasta que una vez salía del colegio y, pasado un tiempo en la casa paterna, dirigiendo ella misma el menaje de la casa, puesto que era ella la mayor, viera lo que le convenía. Yo me vi obligado a renunciar (d)el cargo de confesor del colegio, porque me lo impedía las muchas ocupaciones que tenía en Madrid. Supe que salieron del colegio las dos hermanas y que, con su padre, hicieron un viaje por varias naciones de Europa. Y no volví a tener noticias de ellas.

Con todo, la gracia seguía su labor en el alma de ambas hermanas. Regresaron a Madrid y, establecidos allí, quiso Amalia hacer ejercicios en reparadoras. Quiso antes consultar a su antiguo director, fue a la residencia de los padres benedictinos, preguntó por el padre Leandro, que a la sazón no estaba en casa; marchó a reparadoras, conoció a la madre, se entendieron perfectamente y, después de varias consultas, se decidió por completo a entrar en la nueva fundación. Se tomaron todas las precauciones con su padre, el cual, generoso, consintió en separarse de su hija para que se consagrara al Señor. Esta joven lleva aún el nombre de madre María de Jesús de la Santísima Trinidad.

Aquí tenemos las tres primeras piedras del nuevo edi[24v]ficio elegido por Dios y por María de Jesús. Había dicho que irían tres con la madre a París. Ya están.

#### [25. Las conferencias en casa de Guillerma Retana]

Una vez resueltas todas y obtenidos los respectivos permisos de sus familias, se empezó a prepararlas e iniciarlas en la vida monástica por medio de conferencias que les daba el padre. Con este motivo, se reunían en determinados días en casa de doña Guillerma Retana, en donde también residía Mauricia. Así hubo ocasión de verse, de conocerse y de comunicar en toda reserva algunas cosas que convenía saber para anunciar y conocer la obra en que debían de tomar tanta parte.

Tomaron la obra con mucho entusiasmo y pusieron en ello toda su voluntad. Por sus condiciones, eran piedras muy a propósito para el nuevo edificio. Cogieron mucho amor a María, a la obra y a la Orden. María quiso ella misma darles el nombre que habían de llevar y les prometió ayuda especial que palpablemente experimentan no pocas veces.



[26. El viaje a Toledo del 4 de junio de 1923 y la quinta benedictina de El Tiemblo]

La hora de marchar a París se acercaba. Todas estaban compenetradas con la obra. Se entusiasmaban por María y ocurrió, como es natural, la idea de realizar una especie de peregrinación al sepulcro de María de Jesús. La proposición fue recibida por todas con gran satisfacción. Se consultó a María, que aprobó el proyecto, y tuvo la bondad de indicar ella misma lo que habrían de hacer al entrar y salir de la iglesia. Señalan el día, se avisa a la reverenda madre priora de [25r] las carmelitas para anunciarle nuestra llegada y, el día 4 de junio de 1923, por la mañana, salieron para Toledo la madre con sus tres compañeras, Juanita, la hermana de Amalia, y el padre Leandro.

La señora duquesa con otra señora y Mauricia fueron en auto. Llegamos a Toledo a eso de las diez y media, entramos en la iglesia, cumpliendo las indicaciones que María de Jesús había dado, el padre celebró la santa misa, y todas asistieron con gran devoción. Después de dar gracias, se visitó la iglesia, se hicieron oraciones, y luego pasamos al locutorio, en donde nos esperaba la reverenda madre superiora de la comunidad.

Se habló de María, vimos sus reliquias e instrumentos de penitencia, se habló de la futura fundación, de la devoción y cariño que todas las peregrinas profesaban a la sierva de Dios, se hizo una especie de documento o carta de hermandad que fue firmada por todas y así quedaron selladas las relaciones íntimas que habrán de subsistir siempre entre las carmelitas de Toledo y las benedictinas de El Tiemblo.

Notemos, de paso, que Juanita Ruiz, que iba con su hermana, también firmó el documento y puso, en vez de Juanita, Gertrudis. Este pequeño incidente tendrá su explicación más adelante. María había dicho que llegarían a ser cinco, además de la madre. Esta joven, sin quizás darse cuenta, daba el primer paso y era la cuarta que María tenía designada para componer la flor de cinco hojas. Satisfecha la devoción, hechas algunas visitas a algunos de los magníficos monumentos que encierra la ciudad imperial, después de dar [25v] un devoto y cariñoso adiós a nuestra santita, nos dirigimos a la estación para regresar a Madrid. El viaje fue amenizado por cánticos piadosos que nuestras futuras novicias ejecutaban con alegría, piedad, y con gusto artístico, ya que el Señor a unas y a otras ha concedido hermosas voces para cantar las divinas alabanzas.

[27. La marcha hacia París, el 1 de julio de 1923]

Cumplido este deber filial y no sin pasar alguna borrasca y contratiempo, que ha sido siempre el sello de esta obra, se acercó el momento de marchar a París.

Antes mandó María que la madre fuera con las novicias para pedir la bendición al señor nuncio y hasta predijo las palabras que les había de decir. Todo se hizo de esta forma, y en estos intermedios llegó la víspera de la marcha, que se fijó para el día primero de julio.

Terminadas todas las precauciones del viaje, el mencionado día, reuniéronse las novicias con la madre para asistir a la misa de despedida, juntamente con sus respectivas familias, en la capilla de reparadoras. La celebró el padre. Asistieron muchas religiosas, amenizando el acto con piadosos motetes alusivos al acto. Yo confieso que estaba conmovido hasta lo más íntimo del alma. Creía que estábamos acompañados por nuestros santos, y todos atentos a la significación de aquel acto, en apariencia tan sencillo, en realidad tan sublime. Era el primer paso hacia la ejecución de una profecía hecha años ha para fines tan de la gloria de Dios y bien de muchas almas.

Terminada la misa, el padre llamó a la madre [26r] y demás novicias a la sacristía, les dijo algunas palabras de aliento y les recomendó con todo encarecimiento que guardasen absoluta reserva en lo tocante a la parte sobrenatural de la obra, porque así estaba repetidas veces ordenado por María de Jesús, porque, de no guardar esta reserva, podrían venir obstáculos y no pocos sinsabores. Les di la bendición y nos fuimos a tomar el desayuno que la reverenda madre superiora de las reparadoras había mandado preparar para las viajeras y demás acompañantes. Allí estaban la señora duquesa, las familias de las postulantes y la señora Velarde, etcétera.

Yo quise que asistiera también Mauricia, porque convenía, que para eso habíamos consultado antes a María. Terminado el desayuno, se puso la comitiva en marcha, en sendos autos. Yo quería ir, como en romería, a pie, con don Francisco López Jáuregui, hermano de la que llamaremos madre Escolástica; pero la madre me mandó ir en el auto de la duquesa, con esta, la madre y la señora Velarde. Desde reparadoras hasta la estación yo iba no sé cómo, por la emoción, y a pesar mío, las lágrimas me hacían traición. Y es porque, en todo aquello, venía yo con los ojos de la fe una cosa muy grande y de mucho porvenir.

En la estación, se procuró buscar un departamento en que fueran todas juntas. Aquí ocurrió un caso que parecerá casual; pero ello ocurrió. En el mismo vagón entró, por lo menos, una religiosa del instituto de la madre, mas no se vieron, y no hubo dificultad de ninguna clase. Dio la hora de marchar y la emoción subió de punto. A mí me [26v] parecía que aquel vagón era un diminuto monasterio que iba a París para luego volver al monasterio que ya se estaba edificando desde el mes de marzo, y en el cual tanta gloria se había de dar a Dios.

Cuando traspuso el tren, volvimos cada uno a sus respectivas moradas, la señora duquesa tuvo la bondad de traerme a la mía en su auto. Por cierto que,

durante el trayecto, hablé muy poco y más de una vez tuve que enjugar las lágrimas que la emoción me arrancaba, y así entré en mi casita.

[28. Las comunicaciones con la madre María de Jesús]

Mientras tanto, nuestras futuras benedictinas rodaban hacia París y se iban separando cada vez más, y nosotros procuramos buscar luces y consuelos donde solemos encontrarlo, o sea, en la comunicación. ¿Vendrá María hoy?, nos decíamos. ¿Habrá cesado la penitencia? Quizás, en consideración al acontecimiento que acaba de realizarse, venga y levante este castigo que tanta pena nos causa. Es cierto que, cuando se reciben de la benignidad del Señor ciertas gracias, y que uno se ve privado de ellas, produce en el alma tal martirio que hay que pasar por ello para saber lo que es. Y eso, sin que el alma deje de conformarse con la voluntad de Dios.

No conseguimos nuestro anhelo. Aún había que esperar. Entre tanto, suplía santa Teresa la ausencia de María. Hasta que llegó el día de reanudar nuestros coloquios con la sierva de Dios. Al final de una importantísima comunicación, cesó de hablar santa Teresa, una alegría especial se apodera de nuestra alma, habla María de Jesús, acostumbradas a oír su voz y sus enseñanzas, al oírla de nuevo una emoción inenarrable embarga todo nuestro ser María de Jesús. Cuando un hijo ha estado largo tiempo privado de la vista y conversación de sus padres, cuando de nuevo los ve, siente un gozo que no hay palabras que lo puedan manifestar. Así y más sentimos nosotros al volver a comunicar directamente con María que, aunque nos asistía siempre, según muchas veces lo tiene repetido, no se comunicaba en la forma acostumbrada.

[29. Las cuatro novicias en Francia]

Después de una feliz travesía, en la tarde del mencionado primero de julio, llegaron nuestras viajeras a Hendaya. Allí en Villa Benita Enea les esperaba una acogida cariñosa y sincera por parte de la familia de madre Escolástica, que habían adelantado el viaje para pasar unos días al lado de su buena madre y familia. Desde allí se dirigieron a Lourdes en donde, puesta la obra al pie de María Inmaculada, fueron a París. En cuanto llegaron, fueron recibidas nuestras españolas con la más fraternal acogida por aquellas fervorosas benedictinas de la Rue Monsieur.

Ya están en el noviciado. Se les había preparado un lugar aparte para que estuvieran juntas con la madre. Se les dio un plan de conferencia y empezaron todas con gran entusiasmo y buena voluntad, deseosas de empaparse bien en el espíritu

monástico. Hicieron nuestras novicias cuanto estuvo de su parte por lograr los fines para los cuales habían sido enviadas a París.

Por las cartas, por las noticias que yo pude allegar en [27v] mis viajes a París, y por los testimonios escritos que, a petición mía, me dio la reverenda madre Cecilia, nombrada por la madre priora de allí para hacer de maestra de novicias, de nuestras españolas, se ve el buen espíritu, el progreso y la preparación sólida que iban recibiendo desde el punto de vista monástico. Eran felices y trabajaban cuanto podían, lo cual no quita que, por otra parte, y por otras circunstancias que sería prolijo referir aquí, fue su vocación sometida a graves y duras pruebas. Además, el clima, la alimentación para ellas nueva, todo contribuyó a que hubieran de ofrecer sacrificios al Señor, no pequeños.

Pero lo llevaban todo con fe, con confianza en María, y con espíritu de abnegación nada común. La madre, por su parte, aunque abrazó con buena voluntad la vida nueva a que el Señor la llamaba, para bien de su alma, tuvo que comenzar pronto (en) su vida luchas. Encontraba dificultades, temores, dudas, disgustos, sintiendo gran repugnancia de todo y haciéndosele nuevo todo. Pero que iba prevenida, porque todo lo que empezó a sentir y a manifestar, lo había predicho María de Jesús antes (de) que la madre fuera a París. Aunque, al marcharse, había dicho que no quería ocuparse de nada, y sí únicamente del noviciado, con todo, seguía, desde París, los trabajos de la fundación.

De todo se le daba cuenta, como consta por la correspondencia que se conserva; pero con todo padecía por ese y por otros lados. Temperamento ardiente y activo, y acostumbrado a hacer las cosas a la medida de su deseo, y tal como ella [28r] se lo llegaba a imaginar, padecía mucho por lo que podríamos llamar retrasos, que seguramente los ha habido; pero que en realidad, de verdad, no se pueden achacar a María de Jesús y sí a otras causas distintas, que se irán desprendiendo del relato.

[30. La toma de hábito, 16 de noviembre de 1923 y 6 de enero de 1924]

Después de casi cinco meses de luchas, turbaciones, crisis, momentos de desaliento, llegó el mes de noviembre y llegaron también las licencias para que la madre pudiera recibir el hábito benedictino. Este retraso fue muy duro y peligroso para la fundación; pero gracias al Señor y a la asistencia continua de María de Jesús, se fueron venciendo las dificultades, apartando los peligros y consolidando la obra.

Designose la fiesta de santa Gertrudis para dar el santo hábito a la madre, que recibió de manos del excelentísimo cardenal de París. Huelga decir la solemnidad que revistió el acto y la paz y alegría que este acontecimiento, tan deseado y tan

solicitado en la oración, produjo en todas las de allí, y los de aquí. Porque los de aquí, o sea, María de Jesús, y sus dos instrumentos, Mauricia y el padre, seguíamos y nos enterábamos de todo lo que ocurría en la Rue Monsieur. Sólo el Señor sabe el sufrimiento que esto nos ocasionaba, porque veíamos los estragos que intentaba Satanás, y lo hubiera logrado sin el apoyo y vigilancia constante de la verdadera fundadora, María de Jesús.

Así continuaron todas. Las novicias, formándose, venciendo [28v] dificultades y preparándose ellas, también, para la toma de hábito, que deseaban mucho, y que se comprende muy bien que fuera así.

Llegó el día deseado para ellas. La madre Carmen, de acuerdo con la madre priora de allí, decidieron que las españolas recibieran el hábito el día 6 de enero, fiesta de los santos Reyes. En circunstancias ordinarias, nadie hubiera dicho nada sobre este particular; pero como esta fundación reviste un carácter nada común, no era prudente prescindir de consultar a quien dirige la fundación desde el principio. No agradó a María de Jesús esta determinación sin que antes consultaran al padre para recibir las luces e indicaciones que María de Jesús podía haber dado. Se quejó y dijo que, para el mundo, las novicias habían recibido el hábito el 6 de enero; pero para Dios y para ella, María de Jesús, lo recibían el 10 de febrero, fiesta de santa Escolástica, que es el día en que lo hubieran recibido si, antes de proceder, lo hubieran consultado a quien debían. No ponemos aquí las palabras mismas de la sierva de Dios porque se pueden leer en las comunicaciones, que se ponen a continuación de esta memoria.

Siguen las novicias contentísimas con su hábito y con sus prácticas monásticas, y siguen también las pruebas por una parte y por otra; pero todo se va venciendo con la gracia de Dios. Las dudas de la madre y la lucha interior se [29r] acrecentaba. Se ve por su correspondencia, que sufría mucho. Desde aquí se le daba cuenta de todo y se contestaba a sus consultas. No siempre como ella quería, porque María o mandaba que no se contesta(ra), o que se esperase, porque así convenía, a fin de que la madre se ejercitase en la virtud de la paciencia y que la sirviese de expiación, porque es verdad que hubo muchos contratiempos y oposiciones; pero se hubieran evitado si se hubiera cumplido fielmente lo mandado.

[31. Las condiciones establecidas para el noviciado por la madre María de Jesús]

Y, ¿qué estaba mandado? Primero, reserva absoluta en lo que se refiere a la parte sobrenatural de la obra. Segundo, que todas se dedicasen, únicamente, a instruirse en las cosas monásticas, sin preocuparse de más. La madre debía ocuparse

de estudiar todo lo que se refiere a la vida benedictina; formarse a ser dechado perfecto de benedictina, y ocuparse menos de la vida material.

Que encontró grandes diferencias entre la vida que dejaba y la que abrazaba, no hay duda. Harto se la dijo. Y el no haber cumplido esa reserva tan necesaria, y tan recomendada, y el no haber hecho todo el esfuerzo necesario para instruirse en las cosas monásticas, ha sido la causa de tener muchas luchas, de no sentir aquella paz, de sufrir tanto. Una de las cosas que más han hecho sufrir a la madre, y que ha tenido muy buen cuidado de manifestarlo, tanto de palabra como por escrito, ha sido lo que ella llama reserva.

El padre ofreció manifestar a la madre todo, como era [29v] muy natural, estando los dos al frente de la obra. Esto no lo había tenido siempre en cuenta y ha intentado separar al padre de la obra, y lo hubiera ejecutado sin la intervención de María. Tampoco observó la reserva mandada y todo esto ha motivado la reserva del padre que, muy a pesar suyo, ha tenido que replegar velas y guardar el secreto mandado. Muchas, muchas veces se le ha reiterado esta orden, reprobado el proceder contrario. A todas y a cada una de las quejas que han venido de París se puede dar plena satisfacción.

El programa que llevaban, tanto la madre como sus compañeras, era éste: van allí para hacer el noviciado a fin de volver después a El Tiemblo, en donde se implantará la vida monástica de forma que, dentro del más puro espíritu monástico, se forme algo especial. Allí, fíjense en todo, tomen nota de todo y guárdense de criticar nada, ni de poner peros a nada. Guardar la más exquisita reserva en punto a cosas sobrenaturales. Estudien, lean lo más posible, libros referentes a la vida monástica. Sean muy prudentes. Sean almas de oración. Si esto se hace así, Dios bendecirá y habrá gracias y asistencias especiales de la gracia y de María de Jesús.

#### [32. Algunas dificultades en el monasterio de París]

Las novicias han hecho lo que han podido. Varias veces ha dicho María de Jesús que la madre debe ser alma de oración, recogida, humilde, puntual, observante y caritativa. La madre, al ir a París, sabiendo lo que sabía, y la misión que llevaba, era natural que se fijase en todo lo [30r] bueno, se entendiera con la superiora, y se formara a lo que Dios quería de ella, amoldándose a las circunstancias. Así hubiera tenido la paz que se le dijo, la alegría que se la prometió, y las gracias que María tenía ofrecidas.

Desde el principio se empezó a hablar demasiado de cosas sobrenaturales a pesar de haberse recomendado la más absoluta reserva; y esto produjo lo que debía

de producir, y estaba vaticinado: extrañeza, desprestigio y retrasos y pérdida de las gracias ofrecidas.

Poco a poco, se fue haciendo el vacío y alejamiento, y otras cosas, cuyas consecuencias ahora se están palpando.

Es ley de prudencia la más elemental, no vituperar las cosas que vemos en los sitios a donde vamos, porque es muy fácil encontrar defecto en todo sin tener en cuenta que muchas veces podemos equivocarnos. Lo contrario es exponerse a faltar y hasta injusticias.

Otra prueba para la madre era su falta de salud, porque tuvo no poco que sufrir; pero pudo ir conllevando y resistir, hasta que viniera a El Tiemblo.

Vivía la madre con las postulantes españolas formando como una pequeña comunidad aparte, y ejerciendo el oficio de superiora de ellas. No era lo convenido. Se hizo con buena intención; pero esto ofrecía sus inconvenientes por cuyo motivo, la madre priora, con muy buen acuerdo, suprimió estas diferencias y, por ende, los inconvenientes que se habían experimentado.

[30v] Todo este conjunto de cosas menos normales dio por resultado cierto desprestigio, sufrimientos grandes de nuestras jóvenes españolas, que se daban cuenta de todo y, por lo mismo, sufrían mucho; y la privación de muchas gracias que habían sido ofrecidas con tal que se cumplieran las órdenes dadas. No habiendo oración, recogimiento, estudio monástico ni reserva, no podía haber lo otro, y sí disgusto, sequedad, intranquilidad, aburrimiento y malestar.

Como aquí se sabía todo lo que pasaba en París por medio de las comunicaciones de María de Jesús, hubo que adoptar una línea de conducta contraria a la anterior en lo que se refiere a comunicar a la madre las cosas sobrenaturales. Se recibieron órdenes severas sobre el particular, que se han venido cumpliendo, a pesar de las quejas y de las frases nada respetuosas de la madre.

### [33. Los protagonistas de la obra]

Otra de las causas de intensos sufrimientos y retrasos ha sido el concepto erróneo que la madre se ha formado, desde el principio, de su título de fundadora. En esta obra, la verdadera fundadora es María de Jesús. Todos los demás que intervienen son sus instrumentos.

Mauricia: Es el instrumento principal, que el Señor ha escogido para comunicar las órdenes de María de Jesús en lo concerniente a la fundación. Además, por su santidad y sufrimientos, sostiene la fundación y atrae gracias sobre ella.

[31r] El padre: Recibir las órdenes del Señor y de María por medio de Mauricia para manifestar esas órdenes. Velar por el bien espiritual de la comunidad y hacer todo cuanto se refiere a la vida monástica y a su implantación, con la mayor perfección posible. Debe vivir y morir en la fundación. Así está repetidas veces mandado.

Madre Soledad: Su misión es hacer cuidado y asistido a Mauricia, haber sido testigo de los primeros proyectos de la fundación, y haber sido elegida para la fundación y que entre en ella. Además, es probable que sea una ayuda para Mauricia, andando el tiempo, porque sabe y la ha observado mucho.

Madre Borja: Hacer la fundación material del monasterio, ser una santa religiosa y afianzar la salvación de su alma y de otras de su familia.

Doña Guillerma: Ha sido el instrumento que Dios ha escogido para que guarde y restituya a sus fines la finca en que debía realizarse la fundación.

Madre Teresa: Ha sido la elegida para ser la primera piedra del edificio espiritual. Lo mismo sucede con madre Escolástica y con madre María de Jesús. Las tres han sido elegidas, a las tres se les ha dado el nombre que debían de llevar, y las tres son cofundadoras. No en el sentido de que sean to[31v]das superiores, sino de que son las primeras columnas del edificio nuevo, monástico. Representan a la Santísima Trinidad y la madre, el centro del coro.

Sor Gertrudis: Entró algo después, pero ha sido agregada y, a esta, como a las tres anteriores, María de Jesús las llama sus hijas, y las considera como cuatro flores de un mismo manojó. También ha recibido el nombre que se le ha dado, por orden de María de Jesús, y su misión es ser la primera piedra fundamental del noviciado de El Tiemblo.

Dada la bondad de Dios en escogerlos, esta gracia exige una finalidad muy grande, y un trabajo constante para adquirir las sólidas virtudes que han de llevar a cada una al grado de santidad que Dios de ellas pide y exige. Deben ser modelos de virtud, modelos de recogimiento, y modelos de todo. A quien más se le da, más se pide, y mayor es la cuenta que hay que dar.

[34. El padre Leandro en París, en febrero y en agosto de 1924]

Pero prosigamos el hilo interrumpido de la narración, omitiendo el hablar de otras personas a quienes se hacía consultas, cuyo resultado ha sido retrasar las cosas y poner la obra a dos dedos de su total ruina, con enorme responsabilidad delante de Dios. Como buscaba la luz donde no estaba, sólo se recogían tinieblas, inquietudes y sufrimientos.



Continuaban, nuestras novicias, preparándose con fervor para la profesión monástica. La madre, a pesar de las alegrías que le había procurado la toma de hábito, continuaba sufriendo con sus achaques, con sus repugnancias y con sus dudas. Además, estaba preocupada con las obras que se ejecutaban en El Tiemblo y, aunque aquí se procuraba darle gusto y conformarse con sus mandatos, esto no la aquietaba del todo. Manifestó deseos de hablar con el padre por cuyo motivo, a fines de febrero de 1924, el padre emprendió su primer viaje a París a donde llegó en la mañana del día 27.

Allí pasó unos días, animándolas a todas, hablando de la obra, oyendo sus desahogos y dándose cuenta de la situación. Este viaje, quiso el Señor que fuera útil para aquietar los ánimos. La actitud del padre, su reserva absoluta en punto a cosas sobrenaturales, y algunas explicaciones con la madre priora, llevaron la paz a las almas, un tanto inquietas, por temor de que la obra, debido a ciertas circunstancias, no llegara a realizarse. María, con licencia de Dios, velaba por su obra y, a pesar de las dificultades que por doquier surgían, y que se hubieran evitado obedeciendo a todo como estaba mandado, salía adelante.

En El Tiemblo, continuaban los trabajos. Aquí también el enemigo metió baza e hizo cuanto pudo para sembrar viva cizaña entre los mismos encargados de la obra. Un viaje del padre a El Tiemblo, a su vuelta de París, sirvió para darse cuenta de la situación y apaciguar los ánimos.

En agosto del año 1924, volví a París, llamado por la madre, para dar el santo hábito a la joven Juanita Ruiz, hermana de Amelia, hoy madre María de Jesús, que había ido con su buen padre a París para asistir a la toma de hábito de su hermana. El Señor esperaba esta oportuna ocasión para llevarla al estado monástico. Entró para hacer ejercicios y le gustó aquello, y se quedó. La dieron, ha poco, el gorro de postulante, y el nombre de Inés, que ella misma pidió. No era éste el nombre que debía llevar. Su nombre lo firmó en Toledo, en la peregrinación que la madre y todas las demás habían hecho al sepulcro de la verdadera autora, con licencia de Dios, de esta fundación.

[35. El retraso de la licencia y el peligro de la obra]

Pasaban los meses y se acercaba la fecha en que la madre debía hacer sus votos perpetuos. Ella hacía sus preparativos, estaba tomando sus últimas disposiciones, o sea, la renuncia con firma que hacen antes de la profesión. Se trabajaba y se oraba para que llegase de Roma el documento que había de dar carácter legal y canónico a la nueva fundación. Todos trabajábamos y, aunque parecía que la gente no se movía, con todo, la actitud no cesaba. Mas de Roma, las licencias no llegaban. Esto

era un motivo de sufrimiento para todos y especialmente para la madre, que en sus deseos de hacer los votos, quería cuanto antes verlo todo arreglado.

Estamos en octubre de 1924. El día 23 de éste, había una [33r] profesión de algunas religiosas del priorato de París. La madre priora de allí, y madre Carmen, hablaron sobre el particular y pareció oportuno a la priora de allí proponer a la madre que ella hiciese sus votos en dicho día. Con este motivo, me escribió la madre, consultándome acerca de si convenía o no aprovechar esta ocasión que al parecer no ofrecía dificultad alguna.

No sé si la madre ni la priora se daban cuenta de la importancia de este acto y de sus consecuencias. En carta del 16 de octubre expuse a la madre las razones que había para no aceptar la proposición. Porque dicho acto hubiese sido un golpe mortal para la fundación. Pero, gracias a Dios y a la vigilancia y asistencia de María de Jesús, el conflicto quedó conjurado. La madre lo comprendió y se avino gustosa a esperar la hora que el Señor tenía marcada para que hiciese la profesión monástica.

Entretanto, yo aquí, en Madrid, me puse a trabajar con la mayor actividad el asunto de las licencias. Las obras de El Tiemblo adelantaban. La época de la profesión de las novicias se acercaba y era preciso saber a qué atenerse. Con este motivo, a petición de la madre, hice una súplica, para suplicar al santo padre que diera su licencia para la fundación; pero por medio del señor nuncio. Con este motivo, hubo cartas y escritos que fueron necesarios para arreglar definitivamente el asunto.

La madre escribió al señor nuncio, lo cual me dio oca[33v]sión para tratar el asunto, no con monseñor Tedeschini, sino con su asesor, el señor don José Solé.

La madre había hablado con el señor nuncio en París y le había dicho que el padre Leandro podría enterarle por lo menudo de todos los detalles de la fundación. Yo también tenía muchas ganas de verle; pero tenía reparo, porque no era llegada la hora de hablar nada de la parte sobrenatural de esta obra y, como ya se habían cometido hartas imprudencias sobre esto, y yo lo sabía, aparte de que María de Jesús me había dicho varias veces que no debía decir nada de esto hasta que las licencias de la fundación no estuvieran recobradas porque, de lo contrario, tendríamos muchos retrasos, por eso esquivaba y evitaba el ir.

Esto chocaba a la madre y a otras personas. Yo no podía dar más explicaciones y me sacaba de apuros de la manera que Dios me daba a entender.

[36. La visita del asesor de la nunciatura al padre Leandro el 24 de noviembre de 1924]

Un día, inesperadamente, (24 noviembre 1924) se presentó en casa una visita. Me llaman y me anuncian la presencia del ilustrísimo señor asesor de la nunciatura.

Venía de parte del señor nuncio; hablamos de la fundación y demás cosas referentes a la misma; y en ésta, como en otra visita que le hice en su propia casa, quedó arreglado lo de la súplica al Papa, encargándose él mismo de activarlo, de acuerdo con el señor nuncio.

### [37. Las obras materiales del nuevo edificio]

En El Tiemblo, continuaban los trabajos; pero aquí, como en todos los sitios, surgieron contratiempos. Los contratistas no se entendían. Había un malestar no pequeño entre ellos, que resultaba cierto entorpecimiento en las obras.

[34r] El administrador de la madre hacía cuantos esfuerzos estaban en su mano para contener ese malestar e impedir una ruptura que pudiese traer graves consecuencias. De todo nos avisaba María de Jesús. Yo, por mi parte, los animaba por palabra en mis viajes, por escrito en mis cartas. Para arreglar mejor, dividieron el trabajo en dos partes y que cada uno se encargara de terminar la parte que en suerte le cayera. Fue un acuerdo por el cual hubo que pasar, en evitación de mayores inconvenientes; pero por eso no fue menos lamentable desde el punto de vista moral, porque esto equivalía a una ostentación pública de la división que entre ellos reinaba y la cual era lástima porque, en una obra de esta índole, debieron trabajar todos para impedirlo.

Harto se les recomendó, desde los principios, pero el enemigo se metía porque estaba furioso contra la obra del Señor. Bien advertido nos lo tenía María y, por indicación suya, en secreto, mandó avisar a las autoridades militares para que estuvieran al cuento, disimuladamente, a fin de que impidieran cualquier fechoría, pues de ello se trataba. Ellos prometieron que las obras estarían acabadas antes de que viniera la comunidad y en esa fe estábamos. Aunque, como veremos después, ni las palabras ni la firma del contrato correspondieron a los hechos.

### [38. Las gestiones en Roma]

En la nunciatura, se trabajaba también, debido a los bue[34v]nos oficios del señor Solé, el cual me dictó una fórmula de petición; y se solicitó a Roma la licencia tan esperada y tan retrasada, en la forma que él indicó. Había tanta oposición aún en la sagrada congregación de Religiosos que, seguramente, o la hubieran negado o se hubiera retrasado hasta Dios sabe cuándo. Yo me dejé guiar por el señor nuncio, que hablaba por boca de su asesor. En vez de la larga solicitud que

se había preparado para enviar a la madre, se envió lo que el mismo señor Solé, a petición mía, había indicado. Y así la cosa salió como lo habían indicado.

Es de notar que, en las entrevistas que tuve con este señor, hube de sostener un verdadero pugilato diplomático porque él, con una habilidad admirable, llevaba la cuestión de la fundación al terreno sobrenatural y, como yo comprendía, y además estaba amaestrado por María de Jesús, que me indicaba lo que había de hacer, y me asistía y ayudaba a contestar, salí de todo muy bien.

En París puse en conocimiento de la madre todas estas gestiones, lo cual contribuyó, no poco, a aquietar su natural impaciencia y todas comenzaron a ultimar preparativos para la profesión puesto que, aunque no se sabía a punto fijo el día o, mejor dicho, se sabía por parte nuestra; pero estaba supeditado a las licencias que se esperaban. Entre tanto, María de Jesús nos solía alentar y ayudar en todo y para todo. Yo le confiaba mis penas, mis inquietudes, y [35r] a todo contestaba dándonos alientos e indicaciones para evitar los peligros y acertar en medio del sinnúmero de agobios que se cernían por todos los cuatro costados.

Tenía yo que atender y mirar por el lado de Roma, de Silos, de El Tiemblo, de Madrid y de París. En cada uno de estos, había asuntos que ventilar, referentes a la fundación, y en cada uno de ellos había sus dificultades de índole diferente; pero, al fin, dificultades. Que todas se habían de vencer y allanar, no había para qué dudar; pero todo esto entrañaba sus penas y escozores por las circunstancias que siempre acompañan a cualquier empresa que se acomete y, si es del estilo de la presente, más.

Luchando, bregando y venciendo obstáculos, transcurrió el mes de enero del 25. Los momentos eran críticos, estábamos en espera. El día de santa Escolástica estaba para la profesión señalado y el documento no llegaba. Ya se hablaba de retrasarla para el 21 de marzo. Yo lo indicaba en mi carta, aunque el deseo era que fuera el 10 de febrero, porque así estaba dicho y anunciado.

Pedíamos y se avisaba a todas partes para que en todas partes activasen porque la hora definitiva estaba a punto de llegar. En París, todo estaba arreglado. Yo tenía las licencias del reverendísimo padre abad de Silos: todo estaba preparado.

Llegada (de) las licencias. Por fin llegó de Roma el documento deseado. Enseguida [35v] el excelentísimo señor nuncio avisó por telegrama a la madre, avisó a la señora duquesa, ésta vino enseguida a comunicarme la grata noticia y, después de dar gracias a Dios, decidí el viaje. Pocos días faltaban para el 10; pero, así y todo, había que hacer lo posible para que se cumpliera.

Visita al señor nuncio. En compañía de la señora duquesa de Tarifa, fui a ver al señor nuncio para tratar con él del asunto de la fundación. Era la primera vez que yo me encontraba en presencia de esta gran figura eclesiástica. Nos recibió con una

bondad y amabilidad muy grandes. Le expliqué el programa del viaje, lo que se podría hacer, dónde hospedar a las monjas en Madrid hasta acudir a El Tiemblo. De todo se trató, todo se convino en la mejor forma posible. Nos retiramos complacidos, dando gracias a Dios, y viendo cómo todo se cumplía. Me encargó que fuese a París, que les diera la profesión y las acompañara en su viaje de regreso. No pudo monseñor Tedeschini demostrar más atención, ni dar más facilidades. ¡Cómo se iba cumpliendo todo cuanto María venía diciendo!

[39. Profesión de las cuatro primeras benedictinas, el 10 de febrero de 1925]

No había tiempo que perder. Hice mis últimos preparativos y, el día siguiente, me puse en marcha para París, adonde llegué sin novedad el 7 de febrero por la mañana. Celebré la santa misa y enseguida vi a la madre y a todas nuestras queridas españolas que estaban esperando con santa y alegre esperanza. Se convino todo; se adoptaron todas las precauciones y, de acuerdo con la madre priora de allí, se hicieron los últimos apuntes para que profesasen nuestras españolas el 10 de febrero, fiesta de nuestra madre, santa Escolástica. Los dos días que quedaban antes de la fiesta se dedicaron a los últimos preparativos, así interiores como exteriores.

La ceremonia fue preparada y combinada de tal manera que resultó ideal, gracias al conocimiento y tacto de la madre Práxedes, maestra de ceremonias de aquella edificante y fervorosa comunidad.

El día de santa Escolástica ¡qué día más hermoso! ¡Qué día más inolvidable! A las 9 de la mañana, comenzó la misa que canté yo para recibir la profesión de nuestras españolas. El canto, admirable. Los ornamentos eran preciosos, tenían un mérito especial por ser los de la nueva fundación. Todo estaba preparado con el gusto exquisito que saben poner nuestras benedictinas de París. Yo estaba emocionado. Momentos hubo en que sentía que no iba a poder cantar. Pero me rehíce. Sentí una fuerza interior que me sostenía y pude realizar la ceremonia con firmeza, hasta el fin.

La ceremonia resultó imponente por su significado, por la grandiosidad del acto, por lo bien que se desarrolló todo cuanto marca el sublime ceremonial de la consagración de vírgenes; y por todo el conjunto.

La madre fundadora hacía los votos solemnes, simples las tres primeras piedras de la nueva fundación. Pero se combinó [36v] la cosa tan bien que, sin confundir nada, apenas se distinguía. Hubo una particularidad muy bonita y que no dejó de llamar la atención. La madre hizo los votos en manos de la madre priora de París. Después, pusieron un sillón al lado de la madre priora, tomó el asiento la madre fundadora y, en sus manos, hicieron la profesión las tres españolas que pro-

fesaban para el monasterio de la Santísima Trinidad de El Tiemblo, en la diócesis de Ávila, España.

Hecho el sacrificio, cantaron el *Suscipe*. Era un hecho, ya existía la realidad, lo que antes existía *in votis*: la comunidad de El Tiemblo, autorizada por Roma. Se puede decir que, en aquel momento, quedaba cumplida la profecía de María de Jesús: “Dentro de cuatro años estará hecha la fundación de El Tiemblo”. ¿Qué se necesita para una fundación? Edificio, personal, institución canónica. Todo existe desde este momento, luego la profecía se ha cumplido esencialmente, porque lo demás serán complementos y detalles, que no hacen sino perfeccionar lo que, en realidad, existe.

Todos estos actos son, de por sí, conmovedores. Hay siempre en ellos algo de divino, que no deja de impresionar. Pero éste ha revestido una solemnidad nada ordinaria. Se notaba en el ambiente algo que sale de lo común. Un recogimiento, un entusiasmo, una especie de asombro, que se nota, que se siente, que se respira; pero que difícilmente se explica. Estábamos avisados y persuadidos de que así era, de que no [37r] estábamos solos, de que aquí estaba María de Jesús y los santos protectores de la fundación.

[40. Viaje de regreso a Madrid, el 13 de febrero de 1925]

Hecha la profesión, nuestras españolas habían cumplido el objeto que las llevaba a París. Ahora se trataba de volver a España para cumplir en El Tiemblo la misión que el Señor les había confiado por medio de María de Jesús. Empezaron las preparaciones del viaje, que no eran pequeñas. La señora duquesa, que había asistido a la profesión, se vino al día siguiente, a Madrid, a fin de avisar en reparadoras y disponer las cosas necesarias para el recibo de la pequeña comunidad benedictina.

Desde el 10 hasta el 18 (*sic.*), se pasó en hacer paquetes, preparar baúles y disponerlo todo para el viaje, que se fijó para el viernes 13 de febrero en cuyo día, para el exprés de las 9 de la mañana, fuimos a la estación, en donde nos esperaban varios miembros de las familias de nuestras monjas y la señora marquesa de Royes con su prima, la señora condesa de Arcy.

Subimos al tren, a un departamento reservado, en el cual se instaló la pequeña comunidad, con sus capellanes, el padre Leandro y don Francisco López Jáuregui, que ayudó mucho durante todo el viaje.

Una vez instaladas, esperamos la hora. Pita el tren y nos ponemos en marcha. Cada uno podía decir los sentimientos que experimentó al ver el tren en marcha hacia España, como podrán decir los que asistieron al salir el tren de la [37v] esta-

ción del norte de Madrid con dirección a París. La alegría se reflejaba en todos los rostros; la satisfacción rebosaba en todos, y en todas, y nos decíamos: “¡Qué bueno es Dios! ¡Qué buena es María! Esto, en el interior del corazón. Puesto en marcha el tren, portador de la nueva colonia monástica hacia España, nuestra primera ocupación fue rezar el itinerario, para pedir al Señor feliz viaje y feliz arribo al término de nuestra larga jornada.

Íbamos en nuestro departamento como en un pequeño y microscópico monasterio, que tan pronto se convertía en coro, cuando rezábamos el oficio divino en común, presidido por el padre; como en refectorio, cuando se daba alimento al cuerpo; como en sala de recreo, cuando nos expansionábamos; como en dormitorio, cuando dábamos algunos minutos de descanso al cuerpo, que bien lo necesitaba, después de tantas fatigas y emociones de aquellos últimos días.

En estas ocupaciones, el tren corría veloz, devorando kilómetros. Las horas pasaban y nos acercábamos a la frontera. Por fin, llegamos sanos y salvos a la estación de Hendaya. Allí nos esperaba la familia de nuestra madre Escolástica y, después de los saludos de rúbrica, en sendos coches, nos dirigimos a la villa Benita Enea, en donde nos recibió con sumo cariño aquella excelente familia. Cenamos y fuimos a tomar el necesario descanso. Como la parroquia está lejos de la mencionada villa, se convirtió en capilla el sa[38r]lón principal de la casa. Habían traído todo lo necesario de la parroquia y nosotros, de monseñor Cerretti, nuncio en París, permiso para celebrar dos días en dicha improvisada capilla.

El domingo siguiente, a hora convenida, se celebró la misa, a la que asistió la comunidad, presidida por la fundadora y rodeada por los miembros de aquella familia. Comulgaron todos y después se pasó el día en rezar, visitar la finca, ocuparse del pasaje de los bultos que llevábamos y en recibir algunas visitas. Se sacaron también fotografías de la comunidad en varios grupos.

Así pasó todo el domingo; y, el lunes por la mañana, en el rápido de las nueve, tomando todos asiendo en un departamento mismo, como se había hecho desde París a Hendaya, salimos con dirección a Madrid. Pocos minutos después de arrancar el tren, atravesamos el Bidasoa: ¡Estábamos en España! –Dijimos todos. Y una exclamación de alegría brotó de todos los corazones. El viaje se hizo en el mismo plan y forma que se había observado durante el trayecto de París a Hendaya.

La única nota que no dejó de llamar la atención es que, en la estación de Miranda, entró en el mismo vagón, y en el departamento inmediato al nuestro, una religiosa alta, de porte distinguido. La madre, al pasar una vez por el corredor que había en el vagón, divisó la silueta de dicha religiosa y reconoció que era la reverenda madre provincial de las irlande[38v]sas. Sólo la madre podría explicar la impresión que le produjo esta coincidencia, que se podría llamar casual, o como se quiera; pero que es un hecho, como es un hecho que, cuando fueron a París el año

23, en el mismo tren, y creo que en el mismo vagón, iban también dos religiosas irlandesas. Al cabo de muchas horas en el tren, llegamos a Madrid, con toda felicidad. Tomamos dos autos que habían venido a esperarnos y nos dirigimos a reparadoras, donde fueron nuestras hermanas recibidas, con cariño y bondad, que nunca deben echarse en olvido en la comunidad de la Santísima Trinidad de El Tiemblo.

[41. Las cuatro benedictinas en reparadoras desde el 17 de febrero de 1925]

Nuestras monjas en Madrid. Para dar término a este relato, nos queda que historiar dos períodos; o sea, lo ocurrido desde el martes 17 de febrero hasta el 5 de marzo del mismo año. Y, después, lo ocurrido desde el 5 de marzo hasta el 7 de junio, día de la Santísima Trinidad, o sea, de la inauguración canónica del monasterio de la Santísima Trinidad de El Tiemblo.

Nuestras benedictinas en reparadoras. Anoche, lunes, dejamos a nuestras monjitas de El Tiemblo en reparadoras donde, según queda dicho, fueron recibidas con toda clase de atenciones y con una caridad muy grande. Esto es debido a la bondad de todas las religiosas y también a la circunstancia de ser superiora la muy digna y virtuosa madre Corazón de Jesús, hermana de nuestra madre fundadora.

Dicho sea en gracia de la verdad, de la justicia y de la gratitud, esta madre ha, desde el principio, un inte[39r]rés grandísimo en todo cuanto se refiere a la obra, no sólo por intervenir en ella su hermana, sino porque su fe y su virtud han visto en esto una obra de Dios, por cuyo motivo no ha escatimado nunca ni su apoyo ni sus consejos ni su oración ni sus sufrimientos, porque se ha dado perfectamente cuenta de todo, de todas las dificultades y peligros y persecuciones por los cuales ha tenido que pasar la obra del Señor y de María de Jesús. Si todos hubieran comprendido las cosas como la respetable madre Corazón de Jesús, se hubieran evitado no pocas dificultades y no pequeños disgustos.

Fueron nuestras benedictinas instaladas en los que llaman casa de ejercicios, de tal manera que podía seguir sus prácticas monásticas con toda libertad e independencia. Según la recomendación del señor nuncio, no recibieron visitas, sino las más precisas. Así pasaban los días y, aunque estaban bien consideradas, no soñaban sino a marchar, cuanto antes, a su soñado monasterio.

La madre se ocupaba de los preparativos, enterándose de cómo estaban las obras. Vino su administrador, a Madrid, para saludarla y darle cuenta de la marcha de los trabajos. Todo está acabado, decía. Faltan sólo algunos detalles; pero detalles que requerían meses, según lo demostró pronto la experiencia.



[42. La marcha hacia El Tiemblo, el 5 de marzo de 1925]

Todos estábamos contrariados y, viendo que, a pesar de las promesas tardías, no adelantaban, re[39v]solvió la madre marchar a El Tiemblo con sus monjas, estuviera como estuviera la casa. Así se vería y, además, ella vigilaría estos últimos detalles que no fueron pequeños. En este sentido, se comunicó a don Juliano y a los contratistas, fijando la fecha de la llegada de la comunidad para el jueves 5 de marzo, de 1925.

Hechos los preparativos, y recibida la bendición del señor nuncio, que tuvo la bondad de visitar a la madre y a toda la comunidad, se pensó definitivamente en la marcha. Tres días antes fue don Francisco a El Tiemblo para preparar los caminos y ver cómo estaban las cosas. Llevó cartas del padre Leandro para el señor alcalde, señor párroco, y teniente de la Guardia Civil, anunciándoles el acontecimiento.

Llegó el jueves 5 de marzo. Todo estaba dispuesto. Lo último que se hizo en reparadoras fue celebrar la misa de despedida, la cual se retrasó un poco a fin de facilitar la asistencia de todas las reparadoras que quisieron dar esta prueba de cariño a las benedictinas. Celebró el padre la misa y, durante ella, amenizaron el acto aquellas santas religiosas con selectos y alusivos cantos. El momento fue impresionante. La capilla rebosaba de gente. Más de una lágrima rodaba por las mejillas, como testimonio de hondas emociones. El conjunto formaba un cuadro sublime. El padre estaba tan conmovido que las tres veces que intentó ha[40r]blar tuvo que renunciar a ello, por serle imposible.

Ceremonia parecida se hizo en julio del 23; pero las circunstancias eran completamente distintas. Entonces iban, ahora venían; entonces iba la pequeña comunidad a formarse, ahora viene ya formada, con su cogulla monástica. Entonces estaba por edificar el edificio material, espiritual y canónico; era todo esperanza. Ahora todo es realidad y el cumplimiento exacto de las palabras de María de Jesús.

Por eso, las emociones eran tan hondas y tan gratas, y la gratitud tan enorme que no había palabras para manifestarlo, quedando este encargo para las lágrimas que son siempre el lenguaje más elocuente y la manifestación más sincera de los sentimientos del alma.

Terminada la misa y el desayuno, que a continuación fue servido, y despedidas las religiosas, se colocaron las de El Tiemblo en los autos que al efecto habían sido dispuestos. En el de la señora duquesa, tomaron asiento ésta, la señora marquesa de Canillas, la reverenda madre fundadora y el padre Leandro. En los otros dos, iban las madres y las dos hermanas. Corrían los autos por las calles de Madrid con dirección a El Tiemblo, y nadie se daba cuenta de lo que llevaban dentro aquellos vehículos. Alegres, como quien va a su casa, iba toda la comitiva, haciendo reflexiones, cantando, rezando, y dando gracias a Dios.

Así dejamos Madrid, muchos de los que allí iban para [40v] no volverlo a ver. Y fuimos pasando pueblos hasta que, a eso de las dos, pasadas, llegamos a un puente que ofrecía lugar a propósito para comer. Pararon los coches y, a una voz de la señora duquesa, los criados de la misma sacaron la menestra, sirviendo de mesa el duro suelo. Se echó la bendición y empezó la gente a comer con buen apetito. Allí era de ver a la señora duquesa, cual solícita madre, deshacerse por servir a todo el mundo y obsequiar a todos, con excelente comida que ella traía para las monjitas y la compañía.

Así se pasó un rato de solaz y de descanso, después del cual subieron todos en los autos. Recomenzó el viaje, que ya tocaba a su fin. Pasamos por San Martín a eso de las tres, y todo el mundo miraba con legítima y natural curiosidad. Hablaban entre sí y saludaban con respeto a las monjas. Pronto llegamos al límite de la jurisdicción de San Martín para entrar en el de El Tiemblo. Antes se llamó la atención de las monjitas para que vieran, en frente, al monasterio antiguo de jerónimos, en el cerro de Guisando, y nos arreglamos de tal manera que, al pasar el auto por el corto puente que divide las dos jurisdicciones, nos cogiera invocando a la Santísima Trinidad, para cuyo servicio era fundada la nueva comunidad. Así, nuestro primer acto, al poner pie en tierras de El Tiemblo, fue una oración al Dios Trino en personas y uno en esencia, todopoderoso, autor de esta obra, por medio de María de Jesús.

#### [43. La llegada de la comunidad monástica al pueblo]

[41r] Estábamos en la jurisdicción de El Tiemblo. Pocos kilómetros nos separan del pueblo. Corren los autos, se acortan las distancias y comenzamos a ver alguna que otra persona joven, sobre todo, que se había adelantado para saludar antes a las viajeras. Unos dos kilómetros antes de llegar, se aproximó José García, uno de los contratistas de las obras. Poco después, se acercó el señor juez municipal del pueblo. Pararon los coches para recibir el saludo y homenaje de la primera autoridad judicial de la villa. Ya no fue posible correr. A medida que adelantaban los carruajes, iba aumentando el número de tembleños.

Poco antes de llegar, se acercó don Francisco, que vino a consultar si convenía modificar el itinerario para ir primero a la parroquia y luego a lo demás. No hubo dificultad, puesto que María lo había dicho. Yo me puse la cogulla, dije algunas palabras, y monté de nuevo en el auto.

Allí se presentó Mauricia, que iba como transfigurada, doña Milagros, y otras personas más. Llegamos a la entrada del pueblo en donde era tanto el gentío que no se podía dar un paso. Pararon los autos, yo bajé, y en nombre de la madre, y de

todos, saludé a las autoridades eclesiásticas, civiles y militares que allí estaban congregadas, a más de un gentío inmenso, no bajando de tres mil personas, y eso que había en el pueblo muchos enfermos que no pudieron asistir.

Allí estaba el señor arcipreste de Cebreros, el señor párroco de El Tiemblo, y su coadjutor. Estaba el señor alcalde con to[41v]dos los justiciales, el señor maestro con los niños de las escuelas y las señoras maestras con las niñas, todas en corporación. También estaban las hijas de María, ostentando los escapularios de la congregación. Hechos los saludos de rúbrica, empezó la procesión, dirigiéndose a la iglesia parroquial. Las campanas tocaban y todo el mundo seguía con respeto y entusiasmo verdaderamente admirable. Algo se notaba que no era ordinario. Llegados a la puerta de la iglesia, echaron pie a tierra nuestras benedictinas las cuales, con sus velos bajos, como sus ojos, entraron en el templo. Subieron al presbiterio y allí se arrodillaron.

El señor arcipreste de Cebreros puso de manifiesto el Santísimo, se cantó el *Tantum Ergo* y, después, dio la bendición. A continuación, subió al púlpito el señor párroco del pueblo y, con sentidas frases, dio la bienvenida a la nueva comunidad. Bosquejó lo que es una religiosa y el bien que su presencia puede atraer a un pueblo, exhortando a los fieles a que amaran y respetaran las nuevas esposas del Señor, que aquí venían.

Bajó del púlpito el señor párroco y, desde el presbiterio, el padre Leandro se dirigió a todos los presentes. Dio las gracias al señor párroco por las amables frases con que saludaba a la nueva colonia benedictina. Dio las gracias a todas las autoridades y a los fieles allí congregados para recibir y honrar a las hijas del patriarca de Casino, ofreció sus oraciones y lo que pudieran hacer en favor de [42r] un pueblo que tan generosa, entusiasta y cariñosa acogida les había prodigado.

Después, la comunidad, con alguna persona más, y para cumplir las órdenes de María de Jesús, fuimos al baptisterio, visitamos la pila bautismal, la besamos, y después se ordenó la procesión hacia la ermita de San Antonio. Al llegar a las puertas de la casa de Mauricia, se detuvo la comitiva. Las religiosas, la señora duquesa de Tarifa y la señora marquesa de Casinas con el padre entraron en dicha casa, la bendijo el padre y después salieron, siguiendo hasta la ermita de San Antonio. La visitaron, oraron, vieron lo que había que ver, subieron al templete, besaron al santo y, después, salieron, acompañadas siempre por el mismo cortejo.

Es de advertir que nuestras monjas no pronunciaron palabra en todo el trayecto, como lo había mandado María de Jesús. Llegada la comitiva a la puerta de la iglesia, del convento, la madre fundadora entregó la llave de la capilla a su apoderado, don Juliano García, el cual abrió la puerta. Entró la madre, la comunidad, y las autoridades eclesiásticas y civiles, con algunas personas más de respeto. Después, se cerró la puerta. Una vez dentro, fue cuando la madre despegó sus labios,

y las demás monjas, para saludar a todos y darles las gracias. Una vez cumplido este deber de cortesía, se despidieron todos, quedando únicamente la comunidad, Mauricia, la señora duquesa de Tarifa y su prima, la señora [42v] marquesa de Casinas, como igualmente el padre Leandro y don Francisco.

[44. La bendición de la capilla y de la casa, el fin de las obras]

La primera cosa que se hizo, una vez retirada la gente y cerrada la puerta, fue bendecir la capilla y la casa, acto que realizó el padre, ayudado por don Francisco y la comunidad. Recorrida y bendecida la casa, procesionalmente, volvimos todos a la capilla y allí se cantó el *Te Deum*. Terminada esta ceremonia, se recorrió un poco la casa y la residencia y nos despedimos de la señora duquesa y de su prima, las cuales regresaron a Madrid.

[43r] Hemos visto la recepción entusiasta, pero respetuosa, que la villa de El Tiemblo dispensó a la nueva comunidad. Todo esto estaba predicho por María de Jesús, y así se realizó.

Como el monasterio no estaba en las condiciones estipuladas, porque no se habían cumplido los compromisos contraídos por los contratistas, las religiosas se aposentaron de la mejor forma que pudieron y, desde el día siguiente de su llegada, hasta el 7 de junio, en que se consideró como terminada la obra, y se dio institución canónica al monasterio, puede considerarse que fue un tiempo de trabajo enorme, de trabajos grandes, de motivos de practicar grandes virtudes, y de merecer mucho para con Dios. Durante este período, edificaba ver con qué fe y entusiasmo, y con qué espíritu de sufrimiento, han trabajado todos para salir adelante, cumplir sus deberes monásticos, llevar el peso del coro y hacer frente a todas las necesidades, a pesar de la invasión de tantos obreros como necesariamente tenían que circular por la casa. En todo se veía la mano de Dios, la asistencia constante de la verdadera fundadora, María de Jesús.

Todos suspirábamos por el día de la inauguración. Todos pedíamos a Dios que ese día llegara pronto, y llegó. Se dio parte al señor obispo quien, con mucha bondad, otorgó las licencias, permitiendo que en su diócesis la fundación que ya había autorizado el soberano pontífice.

El día 7, fiesta de la Santísima Trinidad, a cuyo misterio inefable está destinado el nuevo cenobio benedictino, el mismo prelado declaró canónicamente establecida la fundación, en la forma en que queda indicada al principio de esta memoria.

## [45. Una obra sobrenatural para gloria de la Trinidad]

Ahora, y como resumen de cuanto queda referido, diré que la fundación de la Santísima Trinidad, de El Tiemblo, es obra sobrenatural, dirigida por María de Jesús, carmelita descalza de Toledo, llamada también Letradillo de santa Teresa de Jesús y que, al hacerla, se ha propuesto el Señor, con este milagro o, mejor, cúmulo de milagros, contribuir para que esta sierva de Dios salga, por fin, del olvido en que yace desde siglos, pudiendo afirmar:

Primero: Que la fundación estaba anunciada hace más de 30 años.

Segundo: Que, cuando llegó el momento señalado por Dios para realizarla, reunió en Madrid los instrumentos que, de modo directo, debían de actuar en esta fundación, siendo los primeros: el padre Leandro, benedictino; Mauricia Morales, instrumento de que Dios y María de Jesús se han valido para manifestar sus voluntades; y madre Soledad del Sagrado Corazón.

Tercero: La madre Carmen de la Santísima Trinidad fue traída expresamente de Sevilla para representar a María de Jesús como fundadora visible.

Cuarto: Las dos primeras novicias, y luego dos más, han sido designadas por María de Jesús y, providencialmente, también unidas en Madrid. Ni unas ni otras se conocían y, cuando lle[44r]gó la hora providencial, se conocieron, se reunieron y se decidieron.

Quinto: Que María de Jesús ha designado ella misma el lugar donde debía hacerse el monasterio por haber motivos para ello.

Sexto: Que anunció las persecuciones, las oposiciones y todas las enormes dificultades que había de pasar y que de todas se triunfaría, si éramos fieles, si éramos obedientes, si se guardaba reserva.

Séptimo: Que ella anunció también los retrasos que habría y las causas que habían de motivarlos.

Octavo: Que ella ha dirigido la obra, aún en muchos y pequeños detalles y que, gracias a sus avisos, se han evitado equivocaciones y peligros de muchas personas.

Noveno: Que su asistencia no ha faltado ni un momento y, debido a ella, hemos salido adelante en medio de los mayores apuros y de las crisis más peligrosas, pudiendo considerarse, dicha protección, como uno de los milagros más grandes de María de Jesús y un motivo de los más determinantes para activar la causa de su beatificación.

Décimo: Que todo esto ha sido manifestado por una serie de comunicaciones, que están escritas, y cuya veracidad puede demostrarse por la calidad de los instru-

mentos, por la naturaleza de los mismos, y por la realización de los hechos vaticinados.

[44v] Hay que hacer una fundación en El Tiemblo y debe realizarse dentro de cuatro años, a pesar de las muchas dificultades que se opondrán, para que sirva de causa para la beatificación y canonización de María de Jesús. Todo se ha cumplido, la fundación está hecha; ahora es preciso que se haga lo demás.

Tengo el convencimiento absoluto de que nos hallamos en presencia de un hecho sorprendente que ha de ser para consuelo de nuestra madre, la santa Iglesia, que es santa, que produce continuamente frutos de santidad, y se alborozaba cuando ve florecer en su seno la virtud heroica. Esta obra está llamada a producir mucho fruto, a consolar el corazón de Jesús, tan contristado por la ingratitud del hombre. Esta obra está llamada a ser un semillero de virtud, un centro de unión con Dios, un lugar en que Jesús encuentre consuelo y un sostén para todos por la fuerza de la oración.

Es una obra muy grande y poquísimas habrá en la historia de las fundaciones que haya sido tan directamente dirigida por los santos y, en la cual, tan a las claras, hayan tomado parte en su ejecución. Por eso, abrigo esperanzas muy fundadas en que así será.

Pero siendo, y pudiéndose considerar un milagro, o reunión de varios milagros, porque se reúnen muchos, como podrá verse al detalle, hechos por la sierva del Señor, María de Jesús, y milagros de primera, creo justo que, ahora se cum[45r]pla el fin propuesto. Por tanto, en nombre de María de Jesús, y demás santos protectores de la obra, en nombre de santa Teresa de Jesús, que positivamente se ha dignado, con licencia del Señor, manifestarlo, en nombre del patriarca san Benito, en nombre de todos los instrumentos visibles de la obra, es preciso que se empleen todos los medios para que la causa de esta gran sierva de Dios avance y sea beatificada.

Sus heroicas virtudes lo piden. Sus continuos milagros lo reclaman y el gran milagro por ella realizado de la fundación del monasterio de benedictinas de la Santísima Trinidad de El Tiemblo lo persuade. Será un honor para la Iglesia, una honra para España, un prestigio para la Orden carmelitana, un placer para santa Teresa de Jesús y un consuelo para todos, el poder contemplar en los altares a una sierva de Dios tan grande.

Cuánto agradecerá Dios el que se unan al señor nuncio, el primado, el episcopado y el pueblo español, representado por su católico rey, para pedir al soberano pontífice esta gracia y que no terminara el año sin dar esta alegría a la Iglesia de Dios y poner este florón en la diadema de los santos españoles.